

Lo prefiero millonario

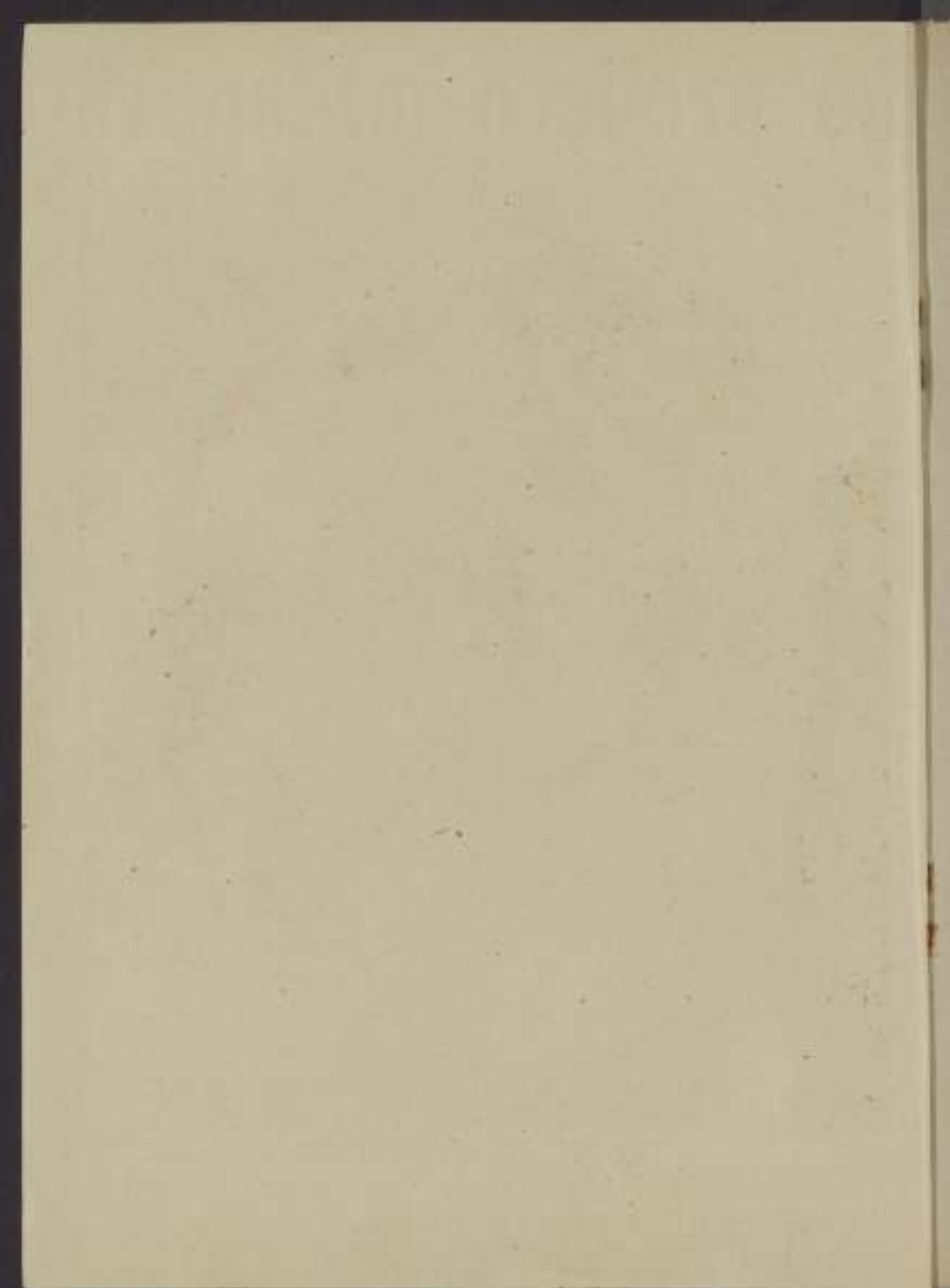


GENE RAYMOND

Ediciones  **Atlas**

SERIE ALFA

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**





LO PREFIERO
MILIONARIO



Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITRARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACION, REDACCION Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70857 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbosa, 16, Barcelona - Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL

"ALFA"

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 39

NUM. 305

LO PREFIERO MILLONARIO

Ann Sothern y Gene Raymond protagonizan una aventura en la que la fantasía, la realidad, la comicidad y el sentimiento ponen sus notas alternadas; dando origen a una dinámica trama de color rosa. -- -- --

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid

Bilbao

Sevilla

Valencia

Las Palmas

Palma de Mallorca

Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Cookie	ANN SOTHERN
Ricardo	GENE RAYMOND
Gwen	Helen Broderick
Barón-Tornat	Erick Rhodes
Philbean	Eric Blore
Murphy	Frank Jenks
Terry Mahon	Harri Jans

Narración literaria de CECILIA A. MANTUA
(autora teatral y del diálogo en versión española que sirvió
para el doblaje de esta película)

LO PREFIERO MILLONARIO

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EN la Babel moderna, la ciudad de Nueva York, se desarrolla la acción de esta novela. Vida enloquecedora, rutilante, muchachas jóvenes y bonitas que trabajan, que luchan para abrirse paso en la difícil existencia moderna. La publicidad, atractivo máximo que seduce al yanqui, tiene un falso mundillo en la que el modelo y la modelo comercial se desenvuelven creándose un ambiente ficticio. Lucen bellos trajes, duermen en lechos de gran suntuosidad, comen en los hoteles más lujosos, frecuentan las carreras, visitan los mejores balnearios, y hasta algunas veces visten las galas de una novia blanca y engalanada de azahar. Para ellos, la vida no es vida; es, simplemente, publicidad. ¡Qué

duro es después el contraste de tener que vestir de nuevo el traje pobre y deslucido, y tener que resolver su existencia con siete dólares cincuenta al día: abandonar el abrigo de chinchilla, bajar del «Rolls», y andar sobre el tango y bajo la cortina de lluvia hasta el misero suburbio donde habita el modelo o la modelo comercial! Así van pasando los días, y los personajes de esa bambalina eterna se resignan a su existencia de farsa para ir defendiendo sus modestas necesidades económicas.

Frances Cook, conocida familiarmente por Cookie, es una de las más hermosas modelos que en Nueva York ganan su vida por este procedimiento. Rubia como el oro, expresivo su rostro, sugestiva su figura

deliciosa, Cookie cuenta los pretendientes en una cantidad como ninguna de sus compañeras puede hacerlo. Cookie es la modelo más admirada de Nueva York. Los trajes valiosísimos se adaptan sobre su cuerpo de maniquí maravillosamente. Las joyas aumentan todavía su belleza, y sus hermosísimos ojos azules centellean bajo una magnífica diadema como si fueran aguas marinas.

Cookie, la hermosa modelo, vive con su hermana Gwendolina, divorciada de un individuo que se casó con ella con el único fin de explotarla. Gwendolina, naturalmente, que ronda los cuarenta años, siente un profundo rencor hacia los hombres, y le ha inculcado ese odio a la adorable Cookie.

La vida de la joven, aun dentro de las múltiples incidencias que la rodean, no puede ser más vulgar. Esta noche se encuentra rodeada de un grupo de ficticios adoradores, vestidos por el mejor sastre de la ciudad, caminando por los pasillos del piso bajo que conducen a tomar el ascensor del Astoria Hotel. Cookie va ataviada con un traje de «Chez Irene», y cubre su bellísima y escultural figura con una suntuosa capa de zorros azules. Ante ellos van los fotógrafos retratándoles como si se tratara de una estrella

cinematográfica que estuviera de paso por Nueva York. Una vez han entrado en el ascensor Cookie y sus adoradores, no imaginan los concurrentes del Hotel Astoria el brusco cambio que ha dado la situación. A Cookie le duelen horriblemente los pies, y se apresura a quitarse los zapatos; a sus compañeros les molesta el sombrero de copa y el pesado abrigo de frac.

La noche es más calurosa de lo acostumbrado, y se sienten violentísimos. Al momento de abandonar el ascensor en el último piso del Hotel Astoria, donde están las habitaciones de la Agencia Comercial Phelix, los infelices modelos van caminando como si acabaran de realizar una carrera de obstáculos. Los jóvenes, sin guardar consideración alguna a la pobre Cookie, se precipitan al momento de abrir la puerta del ascensor para llegar cuanto antes al gabinete vestuario. Cookie, cuya ironía y simpatía en el carácter es algo muy peculiar en ella, les dice con humorismo:

—Gracias, caballeros. ¿No saben ceder el paso a una dama?

Pero los muchachos están de mal humor y no toleran hoy sus bromas, sino que le contestan impacientes:

—¿Dónde está la dama?

Al entrar en el vestuario, el en-

cargado de la publicidad del día les ordena, no con mucha cortesía precisamente, que se apresuren.

—Venga, a despojarse de las galas. Andando, vivito. Ahí, Cookie, entre en esta habitación; dese prisa.

Cookie, sin darle respuesta alguna, entra en el cuarto contiguo, donde la espera la negra Blanquita, que es la camarera de la Agencia Phelix, predilecta de Cookie.

Gwendolina, entretanto, se encarga de inventariar los objetos empleados y disponerse a devolverlos.

—Gwen, devuelva usted esa capa a la poletería Jayson y pase la cuenta de tres modelos.

—Muy bien. Así lo haré; tres modelos, a siete cincuenta... y que la mecanógrafa se muera de hambre.

La hermosa Cookie se está desnudando en estos momentos ayudada por Blanquita. La piel de zorros azules se desprende de sus hombros y resbala al suelo acariciándola suavemente. Cookie da a la capa una amorosa mirada que es casi una despedida. Blanquita, al recogerla, dice con admiración:

—¡Qué suave! Si parece de seda...

—Oh!, sí...—repite con afluencia Cookie—, ha sido mía por unos momentos.

—Suave como la brisa, y fugitiva también como la brisa.

—Algún día las pieles que me

ponga, Blanquita, tendrán mis iniciales bordadas en el forro. Otra vez a ponerme mi pobre vestido de Cenicienta.

Blanquita, que se atribuye el derecho de aconsejar a la bella Cookie, casi siempre, insiste esta noche como de costumbre:

—A usted, señorita, lo que le hace falta es un protector con dinero.

—Lo que a mí me hace falta, Blanquita, es un marido con dinero...

Blanquita sonríe, y vuelve a insistir de nuevo:

—Lo que encuentre primero... que le llene los roperos totalmente.

En aquel preciso instante entra Gwendolina a recoger a su hermana para marchar hacia su casa. Al oír aquella conversación que es la que invariablemente sostienen Cookie y Blanquita, no puede menos que añadir:

—¿Sólo quieres ropa?

—No, Gwen, quiero un vestido y un sombrero y unos zapatos a tono para cada vestido.

—¿Y brillantes no quieres? Los hay encantadores...

—Su hermana sabe lo que le conviene—insiste Blanquita—. Brillantes... de eso siempre dan algo cuando tienen que venderse.

—¿Y cómo vas a lograr todo eso?

—pregunta Gwendolina con gran ironía.

—Pues casándome con un marido rico.

—No... querida... Tú acabarás haciendo como yo... te casarás con un pelagatos y tendrás que mantenerle el resto de tu vida.

—Con tantos pretendientes como tiene miss Cookie—lamenta la negra—si tan solo con que dé el sí lo tiene todo resuelto.

—De acuerdo Blanca, pero ese sí prefiero darlo adornada con azahar, no quiero acostarme un día millonaria y despertar al día siguiente modelo de nuevo...

Los modelos ya están vestidos con sus trajes habituales. John, el compañero de Cookie, que hace algún tiempo la galantea, se aproxima a ella tímidamente preguntándole:

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

—No, John, gracias.

—Puedo ofrecerte un plato de macarrones en el restaurante de la esquina.

—A mí sólo me gustan los macarrones en el Ritz.

—Perdona, guapa... cualquier día que vayamos a posar ya te invitaré.

Al pasar ante Gwendolina, John no puede evitar el decirle a ésta con algo de desprecio:

—Ya ves, Gwen, tu hermana tiene a menos el cenar conmigo.

—Claro que tendría a menos si cenara contigo... déjala, hombre, no insistas.

John, pacientemente se retira, y Gwen, lamentando la actitud del muchacho, reconviene a su hermana:

—¿Volviste a desairarle de nuevo?

—¿Por qué no? Gana lo mismo que yo. No quiero salir con tipos que ganen siete francos cincuenta al día.

—Acabarás por compadecerte de alguno que en cuanto te ves te dirá que le recuerdas mucho a su madre... te casarás con él y...

Blanquita ríe de muy buena gana las salidas de la irónica Gwen, diciéndole:

—Eso sí que tiene gracia, señorita...

—Sí... mucha, digamelo a mí...

En aquel momento el timbre del teléfono suena insistentemente. Gwendolina toma el aparato con su actitud rutinaria:

—Diga... al habla...

De pronto su rostro se anima y cambia por completo diciendo muy melosamente:

—Dígame que suba... en seguida... Gracias...

Tras de colgar el auricular Gwendolina repite con aire satisfecho:

—Es el barón Torini.

Cookie frunce el ceño con gesto de aburrimiento, y protesta:

—Oye, le dijiste que estoy aquí. ¿Por qué lo has hecho?

—No podía hacer otra cosa Cookie. Me telefonó esta mañana... ese tipo podría cubrirte de pieles.

Y dirigiéndose a su negra confidente, explica la codiciosa Gwendolina:

—¿Qué le parece a usted? Un hombre tan rico, que jamás trata de propasarse, que pasó su tarjeta, y se hizo presentar...

—Pero si esto es algo para leerlo en una novela rosa de esas que tienen tanto éxito... se cuenta y no se cree...

—Y le manda el auto a diario...

La negra Blanquita está admira-

disima, y abre unos ojos enormes, pero Cookie se encarga de volverla a la realidad diciendo tristemente:

—Sí, y cuanto hace es llevarme a mi casa... no me gusta el barón Torini, Gwendolina...

—¿Y qué quieres, que se quede a vivir con nosotras? ¿Qué le encuentras que no te gusta?

—Nada, ni bueno ni malo. No le entiendo y me aburro con él.

—Con el tiempo cuando te adquiera confianza ya verás cómo lo encontrarás algo mejor.

Unos discretísimos golpes en la puerta de la habitación cortan la charla de las tres mujeres. Gwendolina corre a facilitarle el acceso abriendo la puerta.

—Pase usted, barón, adelante.

Y el barón Torini entra, mientras Cookie se refugia en el cuarto tocador discretamente.

EL BARON TORINI

ESTE personaje, que por lo visto está locamente enamorado de la hermosa Cookie, es un barón italiano que siente y expresa sus sentimientos de una manera original. Cookie no puede quererle porque no ve en él más que su aspecto grotesco. Coleccionador de huevos de animales, está siempre hablando de su manía y aburre lamentablemente a la pobre muchacha que tolera únicamente su presencia para no disgustar a su hermana. Cookie, no despreciaría al barón Torini. Es un hombre elegante y atractivo, respetuoso en extremo y demuestra adorarla profundamente, pero su manera de expresarse con marcado acento italiano choca con el temperamento de la joven. El barón To-

rini piensa casarse con Cookie, pero por timidez no se lo ha dicho todavía y Gwendolina está dándole todas las oportunidades para que logre Cookie arrancarle la ansiada declaración amorosa. Esta noche no está Torini muy inspirado aunque se esfuerza a su manera para ser agradable a su amada y a su futura cuñada que tanto interés se toma por él.

Al entrar, suelta Torini una de sus espontáneas peroratas:

—¡Oh, signora, signorina!... Ya está aquí el barón Torini. ¿Dónde está la pajarita de mi pajarera? Estoy más contento que unas pascuas al imaginarme que tengo que verla. Aquí estoy a sus pies rendido.

Y Gwendolina, con su habitual humorismo, responde:

—Pues si está rendido, paze y siéntese.

Cookie le tiende su mano que acaba de perfumar en el tocador, y Torini la besa ceremoniosamente, mientras le dice:

—Esta es mi hermana Gwendolina, ¿la recuerda, verdad?

—¡Oh, sí!... Cómo poder olvidarla... me permitirán que las acompañe en un vuelo a su nido...

—¡Oh!... Es que nosotras vamos a comer...

—¡Ah! La comida es la música de la vida...

Gwendolina, oportunísima, añade:

—Sobre todo la sopa. ¿Usted ha comido ya?

—Sí, sí—responde satisfecho el barón—, yo ya he comido. Minestrone, spaghetti y escalopine, todo rociado con queso parmesano.

Gwendolina, que supone que estos manjares serán exquisitos, se siente indignada de que Torini se le haya ocurrido ir a cenar antes de venir a buscarlas, y, naturalmente, piensa zaherirle con una de sus acostumbradas ironías:

—Todo eso que me ha dicho, barón, es para mí muy raro. Desde que me operaron de apendicitis que no había oído nombres tan estrafalarios.

Cookie reconviene a su hermana

con una mirada, pero el barón ni se ha fijado en la ironía de Gwen; de su bolsillo saca un pequeño envoltorio y con toda la cortesía de que puede ser capaz el más rancio de los aristócratas se inclina ante Gwen, diciéndole:

—Como usted me dijo esta mañana que la signorina tendría hambre ahora... le traigo un emparedado.

Cookie le mira furiosamente disfrazando su indignación con una sonrisa:

—¡Qué amable y qué despropósito!

Gwendolina continúa siempre en el mismo tono:

—¿Es que está usted ahorrando para la boda?

Afortunadamente en aquel preciso momento el encargado de publicidad de la Agencia Phelix antes de salir del hotel pasa a darle las oportunas instrucciones a Cookie, indicándole rápidamente al pasar:

—Mañana posará usted con un modelo masculino nuevo, en el yate «Emperatriz», frente a Glen Head.

—Muy bien, sí, señor.

—No olvide estar en el yate a las diez en punto de la mañana.

—Allí estaré.

Al quedarse solos el barón y las damas, ya que Bianquita ha salido tras el agente publicitario, Gwen-

dolina se da cuenta de un primoroso estuche de la casa «Carlián», la joyería más lujosa de la ciudad. Suponiendo Gwendolina que el barón piensa obsequiar esta noche a su hermanita, exclama con grandes aspavientos de admiración:

—Mira, Cookie. Mira qué te trae el barón.

Torini que no está muy seguro del éxito de su regalo se atreve a insinuar:

—Aun no sé si te interesará un regalito tan modesto como éste...

Gwendolina se apresura a tomar el estuche. Cookie abre sus deslumbradores ojos azules convencida de que saldrá de allí la más primo-

rosa de las joyas, pero su desencanto es enorme cuando al abrirlo se da cuenta del extravagante regalo. Un huevo de pájaro, que sin duda será valiosísimo, porque el propio barón Torini díriase que casi emocionado exclama con gran satisfacción:

—Es un huevo de gaviota de la Patagonia.

Cuando Cookie vuelve el rostro, Gwendolina ha caído desplomada sobre el pavimento ante los atónitos ojos del barón Torini, que no puede comprender cómo una dama que no se dedica todavía a coleccionar pájaros, pueda sentir tal impresión ante un huevo de gaviota de la Patagonia.

EL NUEVO MODELO

A la mañana siguiente brilla un sol maravilloso. La primavera este año es magnífica y Cookie la más deliciosa de las modelos americanas, cumpliendo las instrucciones de su jefe está vestida desde las diez de la mañana de elegante pasajera de un yate, aguardando a que llegue el nuevo modelo masculino para poder posar juntos. El traje, en tonos azules, blancos y rojos, con gorrito de marino, acaba de realzar tu natural belleza. Cookie, tendida sobre una silla del barco reposa tomando un delicioso baño de sol. Interiormente Cookie sueña que aquel barco es suyo, que no tendrá que abandonarlo, que nada de ninguna de aquellas gulas ficticias que la adornan tendrá que

desprenderse y que aquel hermoso yate con nombre regio le pertenece. Por la noche ella vestirá un lujoso traje de noche y el yate se iluminará con la más suntuosa de las fiestas que hayan sido dadas a bordo. Ella, Frances Cook, será la heroína de la fiesta. La cortejarán los hombres más ricos de la ciudad, los millonarios más famosos y no tendrá que aguantar la presencia y la compañía de un desagradable pretendiente al que no puede corresponder.

Mientras su cabecita vuela a impulsos de sus ensueños locos, la voz del agente de publicidad la vuelve a la realidad más triste:

—¿Dónde estará el modelo que tenía que retratarse con usted, Cookie?

—¿Por qué me ha despertado? Soñaba que ese barco era mío...

El compañero de trabajo ni le hace caso, conoce demasiado los delirios de grandeza que tiene Cookie...

Lo joven, al volver a la realidad, inquiere curiosa:

—¿Qué modelo iban a mandar?

—Uno cualquiera, es igual. Perfiles de millonario y cerebros de por-diosero.

El agente se dirige a los camarotes del yate:

—¡Eh! ¡Señor Philbean!—llama a voces el agente.

Philbean se presenta. Es un tipo de los más extravagantes. Calvo casi por completo y con el rostro ambiguo del perfecto distraído. Es el criado del dueño del yate. Aprovechando las prolongadas ausencias de su dueño, hace servir el yate para fotografías del reclamo y recepciones privadas, de ello saca buenos ingresos que aumentan su pecunio particular. Esta mañana primaveral en el que el mar azul refleja un cielo diáfano y transparente, Philbean no está por romanticismos, sino que piensa en los cincuenta dólares que ganará por prestar la cubierta a estos propagandistas. Philbean teme, no obstante, pudiera llegar su dueño inesperadamente como en otras ocasiones ha sucedido y entonces no

sabría cómo salir del atolladero. Lo más práctico—piensa Philbean—es pedirle pronto el dinero para que realicen su trabajo y se vayan prontamente. Murphy, el agente que parece saborear el dulce bienestar de aquella mañana sobre cubierta, no espera la rápida acometida de Philbean pidiéndole dinero:

—Señor Murphy, ¿recuerda usted lo convenido?

—Sí, señor. Cincuenta dólares por subir a bordo.

—Si mi amo sabe que hago esto, seguramente me despedirá—lloriquea lamentándose Philbean—. Pero sus gemidos intimidan muy poco a Murphy, que le responde del mejor talante:

—Señor Philbean, usted es demasiado listo para temer tal cosa.

—Me creo tan astuto como el que más... pero recuerde que prometió pagarme por adelantado.

—Tiene usted una memoria excelente, pirata—sigue Murphy bromeando.

—Si mi amo viniese a bordo...

—No crea usted que le hago caso... estoy seguro que usted le maneja a su antojo y que además le es usted imprescindible.

—Sí...—murmura Philbean—es cierto que le saco de muchos aprietos. Es bastante atolondrado...

—Vino, mujeres y canciones...—
inquire picarescamente Murphy.

—No es eso, es que algunas le toman en serio. Ha cogido la manía de decirles a todas las mujeres que el traje que mejor les sentaría es el de novia, y vea usted el resultado.

Enmarcados en artístico cuadro, están colgados de la pared del camarote, más de quince cheques por pago de indemnizaciones en incumplimiento de la palabra de matrimonio. Murphy ríe de buena gana, pero para asegurarse más aún le pregunta a Philbean:

—¿Qué son esos cheques abonados?

—Indemnizaciones—afirma Philbean con lastimoso acento.

Al volver Murphy el rostro en dirección al mar, se da cuenta que una canoa automóvil se acerca al yate a toda velocidad. No cabe duda alguna que el apuesto joven que va en ella será el nuevo modelo masculino que ha de posar con Cookie, en las fotografías náuticas. Sin dar tiempo a que Philbean se dé cuenta, Murphy echa a correr y se dirige al lugar donde el joven alcanza la cubierta increpándole duramente:

—Buenos días, caballero, sólo se ha retrasado usted una hora.

El joven, alto, rubio, elegantísimo, vistiendo un elegante traje de yacht, se detiene asombradísimo an-

te Murphy, para responderle en la forma adecuada, pero en aquel preciso momento la voz adorable de una muchacha hermosísima, que no es otra que Cookie, le sorprende y le fascina:

—¡Eh!... Apolo acuático. ¿Qué le ha ocurrido, empuñó usted el despertador?

Sigue la misma actitud desconcertada del apuesto visitante, cuando Murphy le toma presuroso del brazo y le conduce junto a la hermosísima rubia que le sigue mirando con su sonrisa irónica constantemente dibujada en sus labios carnosos y atrayentes:

—Tanto gusto en verle. ¿Estuvo usted de charla con la duquesa?

—¡Ya era hora, a ver si empezamos pronto! ¡Le esperamos desde las diez de la mañana!

Philbean al salir a cubierta se da cuenta rápidamente de la situación. Su dueño está situado junto a la joven encantadora y a punto de ser fotografiado. Los de la agencia le confundieron con el nuevo modelo que esperaban. Philbean está desolado y a punto de perder el sentido. Temen que cuando se vayan, su dueño se indigne, como es natural, pero en lugar de esto el muchacho le sonríe y le guiña un ojo picarescamente, dándole a comprender que guarde silencio.

Murphy les coloca uno al lado del otro, diciendo rudamente:

—A ver pronto. Abraza usted a la señorita. Más fuerte, con pasión. Sonrían es una escena de amor náutico.

A Ricardo Stuyvesant Smith, el dueño de este magnífico yate, propietario además del Hotel Vanderveer y poseedor de una de las fortunas más saneadas de América del Norte le encanta la aventura. Llegar a su barto, y encontrarse a una criatura tan deliciosa como ésta, a la que tiene que estrechar entre sus brazos, es algo que no esperaba, aunque la mañana de primavera fuera encantadora y el tiempo tan favorable invitara a soñar. Cookie, que se da cuenta de la impresión que ha producido al nuevo modelo no está disgustada tampoco, aunque finge una ironía que está muy lejos de sentir. Desde el primer momento se sintió atraída por el joven. Es sumamente interesante y aunque supone que una vez tratado será quizás vulgar como los otros que le acompañan en su trabajo, lo inesperado de la situación la divierte más de la cuenta. Ricardo, al abrazarla y aspirar el perfume de los rubios cabellos de Cookie, murmura junto a su oído:

—¡Qué rica! Es usted adorable.

—¡Eh! Cállese usted y estése

quieto. ¿No sabe que en el momento que fotografían no se puede hablar?

Murphy, de muy mal talante dispara el objetivo. Cookie se separa con rapidez de los brazos de Ricardo, que no llevaba trazas de soltarla.

Ricardo pregunta tranquilamente a Murphy:

—¿Puedo fumar ya?

—Adelante si le atrae el humo. Por mí puede usted hacer lo que le dé la gana.

Murphy carga de nuevo la máquina fotográfica, mientras Philbean en la más amarga de las desesperaciones mira desde una ventana del camarote con gesto de arrepentimiento al alegre Ricardo. Este ha encendido un cigarrillo. Cookie le mira asombrada de su despreocupación. Este nuevo modelo tiene unos gestos tan naturalmente espontáneos, una elegancia tan innata que no recuerda nada en absoluto a los otros modelos de la agencia que la han acompañado en anteriores ocasiones. Cookie, sin cesar de sonreír de aquel modo adorable que ella sabe hacerlo le pregunta irónicamente:

—Se le ofrece algo más.

—Sí. Quiero saber dónde vive usted, con quién vive y qué le gusta.

—Me gustan las orquídeas, los

brillantes, las pieles; usted, en cambio, no me gusta.

Lo original de la salida acaba de subyugar a Ricardo, que acercándose se insinuando a Cookie, murmura junto a su oído:

—Pues usted a mí sí me gusta. Tan orgullosa, tan altanera y tan bella.

Cookie le mira a los ojos unos momentos, pero corta lo romántico de su situación otra vez la voz ruda de Murphy preparando una nueva fotografía.

—¡Eh! A trabajar. Basta de idilios. Cookie, siéntate en la borda. Usted de pie junto a ella, marinero... ¿Cómo se llama usted?...

—Mi nombre es Smith.

Cookie, añade sonriente con el tono irónico de costumbre:

—Ya supuse que serís un Smith cualquiera.

Cookie no sabe por qué razón, pero siente deseos de mortificar al nuevo modelo. Le da rabia que este apuesto muchacho que tanto la agrada sea un vulgar empleado de la agencia sin carrera, realizando una profesión que Cookie no considera apropiada para un hombre, y que lamenta bastante tener que ejercer ella. Murphy está muy nervioso y no logra enfocar el objetivo acertadamente, mientras les repite:

—Dense prisa o nos sorprenderá el dueño de este barquichuelo.

Cookie piensa en voz alta, lamentándose de lo que ella en su delirio de grandezas juzga una injusticia del destino:

—¿Cómo será el amo de este yate? Probablemente será gordo y medio calvo... además tendrá la voz atiplada. Sin embargo, así y todo, quisiera conocerle...

Ricardo encantado de la situación le responde con mayor ironía que la de Cookie:

—Si me trata bien se lo presentaré.

—Entonces, hará usted lo posible para que se enamore de mí.

—¿Y si se enamora, qué?

—Pues me casaré con él. Supongo que tendrá dinero.

—Lo tiene. Qué duda cabe...

—Pues entonces ni pensarlo un minuto más.

—¿Lo dice usted en serio Cookie? ¿Se casaría usted con un hombre aunque no le agradara por el hecho de que fuera rico únicamente?

—Pues claro... No deseo otra cosa que ser rica...

Ricardo siente una profunda amargura. Le encanta aquella criatura adorable, pero no puede evitar el odiarla en los instantes en que sus hermosísimos labios pronuncian

estas palabras egoístas. Murphy continúa con sus consejos.

—Cookie, a ver si adoptas una actitud sentimental. Con aproximación al beso. Los labios casi rozándose. Más cerca, más cerca... Así... un momento... No se muevan...

Los dos jóvenes están extasiados uno en brazos del otro. Ricardo teme que no podrá resistir el tener en los suyos a esta mujercita adorable sin besarla apasionadamente. Cookie se mira en sus ojos sintiéndose cada vez más interesada. Cuando Murphy ha disparado el objetivo y ha dado la voz de:

—Ya está. Podéis separaros...

Dírase que la joven se siente liberada de la seducción que ejerce sobre ella Ricardo. Cookie recobra fácilmente el dominio de sí misma y dice en un grito de fingida alegría:

—¡Hurra! ¡Ya estamos listos! Adiós señor Smith...

Ricardo corre para ver de seguirla, pero Philbean le detiene:

—Cuidado, señor, que no la conoce.

—Estamos igual. Tampoco ella me conoce a mí.

—Señor, por Dios, piense usted en las dificultades que nuevamente podría encontrarse.

—No te preocupes... Me interesa... si es tan bonita...

Cookie, dírase que con un afán

de huir de Ricardo, ha montado rápidamente en la canoa automóvil que antes les condujo al yate, y con Murphy sentado a su lado, se dispone a partir sin esperar a Ricardo. El joven, al ver que pierde la pista de la encantadora muchacha la llama desde a bordo.

—Cookie, quiere usted escucharme, la invito a cenar...

Cookie ríe de buena gana y le responde desde la canoa en el momento que la embarcación acelera su marcha.

—Gracias. Estoy inapetente. Otro día.

—No se sorprenda si nos encontramos a las siete y media, repite Ricardo, al mismo tiempo que le tira su pitillera.

—¿Y qué quiere que haga yo de eso?

—Guárdelo, Cookie, iré a buscarlo a la hora de cenar...

La canoa deja un magnífico rastro de espuma, y Ricardo Stuyvesant Smith, el dueño del yate, el hombre que no se sintió jamás verdaderamente interesado por nada, el hombre que tomó la vida de una manera rutinaria y vulgar, creyendo enamorarse de todas las mujeres verdaderamente bonitas que se cruzaron a su paso, se siente hoy profundamente interesado de una manera muy distinta por aquella rubia he-

chicera que esta mañana ha invadido sus dominios. Además, reconoce Ricardo que la joven es egoísta, que quiere entregar su belleza a un marido a cambio de riquezas, pero él está convencido de que sabrá dominarla, de que llegará un momento que le querrá por sí mismo, y algún día podrá estar con él sentada en la borda de su yate, no en una pose ficticia de agencia publicitaria, sino en definitiva y para siempre.

Philbean le sigue completamente compungido, pero Ricardo no piensa regañarle. Al contrario, a él le debe la aparición de esa belleza en su yate, y él sabrá seguramente de dónde viene y quién le trajo. Tal como lo piensa le pregunta atropelladamente al atónito Philbean:

—Philbean, es sumamente encantadora. ¿Quién es?...

—No lo sé, señor.

—¿De dónde vino?

—No lo sé, señor.

—¿Cómo vino a bordo?

—No lo sé, señor.

—¿Qué agencia la mandó? ¿No sabe usted nada?—insiste Ricardo deseando estrangular a su criado al ver que no hay posibilidad de arrancarle ningún dato concreto.

—No lo sé, señor.... es decir, sí, sí lo sé...

—¿En qué agencia trabaja? Habla, Philbean, o te mato.

Philbean saca de su bolsillo el cheque de la Agencia Phelix y lo muestra a Ricardo que, para quedarse el número del teléfono y la dirección recorta el membrete del cheque inutilizándolo, mientras Philbean está a punto de echarse a llorar amargamente a impulsos de la desesperación al darse cuenta de que perdió sus cincuenta dólares, ganados con tantos apuros aquella mañana primaveral que están sucediendo cosas tan extraordinarias en el yate «Emperatriz» de su dueño Ricardo Stuyvesant Smith, uno de los hombres más ricos de Nueva York y enamorado de la modelo Frances Cook, conocida familiarmente por Cookie.

«YO NO SOY UN PORDIOSERO...»

POR la tarde del mismo día, a las siete en punto, Ricardo se encuentra en la Agencia Phelix departiendo no muy amigablemente con la hermana de Cookie, Gwendolina, que en aquellos momentos está atendiendo el teléfono; hace media hora que está intentando despistar a Ricardo, que de pie ante ella no cesa de importunarla a preguntas.

—Oiga, jovencito, ¿no le dije que se fuese de aquí?

Ricardo no quiere darse por vencido, y fingiendo una amabilidad que está muy lejos de sentir, continúa:

—¿Le dijo alguien lo simpática que es usted?

—Sí; y me rei tanto, que me disloqué los maxilares. Ya le he dicho

a usted que no damos la dirección de las modelos. Es inútil por completo su insistencia.

El timbre del teléfono vuelve a llamar de nuevo, y Gwendolina, muy afable, contesta al auricular:

—¡Ah!... El barón... Le habla Gwendolina... Ella bajará en seguida.

Y conectando con otra clavija de la central telefónica, dice ahora Gwendolina con voz más baja:

—Señora Hoopnagle, el barón la espera en su auto.

Ricardo no se intimida fácilmente, por más desaires que le haga Gwendolina; impertérrito, está dispuesto a averiguar dónde se encuentra Cookie, y no se moverá de allí hasta que consiga saber el lugar donde puede hallarla.

—¿Quiere que esté mucho rato aquí haciéndole compañía, señorita? ¿No le sería mejor librarse de mi presencia diciéndome algo concretamente?

—No seguirá aquí mucho rato; en treinta y un segundos lo aclaro todo. ¡Ah! Puede usted salir, según le acomode, por la puerta o por la ventana. La ventana tiene ciertas desventajas; la principal es que estamos en el piso 39.

Ricardo continúa riendo, sin hacer caso de los sarcasmos de Gwendolina, e insiste conciliador:

—Dígame por lo menos el nombre de esta señorita...

—No damos el nombre de nuestras modelos.

Murphy entra un momento en la oficina, y sin ni darse cuenta de la presencia de Ricardo, le dice a Gwendolina:

—¡Eh! Dile a Cookie que hay que repetir las poses de esta mañana; el anunciante dice que esas fotografías del yate no le sirven; el modelo nuevo era una birra; hubo que romper las placas. Al momento de salir, Murphy tropieza con un individuo que entraba en la oficina. El aspecto del nuevo personaje no era desagradable, pero demostraba una actitud pendenciera y desenfadada. Gwendolina, al verle, hizo un gesto

de profundo desagrado, preguntándole secamente:

—¿Qué quieres?

—Que vuelvas conmigo, Gwendolina—añadió el individuo entrando en la habitación—; no puedo vivir sin ti.

El extravagante tipo que ha interrumpido la conversación de Ricardo y Gwendolina no es otro que el esposo de la segunda, de quien ha tenido que separarse hace algunos años debido a su mal comportamiento. Terry Mahon no quiso nunca trabajar, y la pobre Gwendolina, cansada de aguantarle, entabló demanda de divorcio, que Mahon no ha querido aceptar nunca. Gwendolina, sin perder su característica ironía, le contesta secamente:

—Y yo no puedo vivir contigo. Fuera de aquí. Pueden salir juntos.

Ricardo, que no está dispuesto a abandonar la partida sin haber visto a Cookie, aguanta pacientemente la actitud sarcástica de Gwen, simulando indignarse:

—¿Pretende que me vaya con un hombre desconocido? ¡Antes la muerte!

—Pues muérase de una vez. Pero salga de aquí.

Mahon, que va en busca de dinero, cree que lo mejor es amansar a Gwendolina, que en el fondo es una

mujer que tiene un corazón de oro.

—Pero, mi amada esposa...

—Sí... sí... tu amada esposa; eso es lo acostumbrado... ¿Tienes trabajo?

Y ante el gesto falsamente compungido de Terry Mahon, Gwendolina acaba de comprender claramente el objeto de la visita de su marido.

—Ya sé. No tienes trabajo porque empeñaste la cámara fotográfica. Sé además lo que viene a continuación. Tuviste que beber para ahogar tus penas...

Ricardo, divertidísimo, se ríe del incidente, diciéndoles:

—Veo que se entienden perfectamente.

—¡Eh!, niño, no interrumpas; eso son cosas de personas mayores.

—Oye—añade Gwendolina cambiando el tono de su voz—, ¿si tuvieras una cámara, trabajarías?

—Pues claro que sí.

Inclinándose, Gwendolina abre el último cajón de su mesita escritorio, y sacando de él una máquina fotográfica, se la entrega a Mahon:

—Toma, y no vuelvas hasta que tengas trabajo... ¡A ver si por lo menos te dura una semana! Andando.

Mahon, después de hacerle una caricia a su mujer, abandona la oficina satisfecho de haber logrado su

propósito. Ricardo, un tanto asombrado de la forma de conducirse del matrimonio, mira con admiración a Gwendolina.

Gwendolina, para finalizar una situación que se va haciendo por momentos violenta, ante el temor de que su hermana aparezca allí y no tenga más remedio que enfrentarse con Ricardo, le aclara quién es ella:

—Yo soy hermana de Cookie.

—Tanto gusto. Me llamo Smith.

—Sí, muy conocido... en su casa.

—Soy Smith, de los aristocráticos Smiths. Me enjuago la boca con un dentifricio especial para dar besos perfumados. Es mi secreto.

—¡Qué optimista! Le corresponderé con otro secreto... Cookie tiene un novio que no necesita enjagues y nada en oro.

—Yo no soy un pordiosero...

—Pero va camino de serlo si no abandona esta profesión...

La puerta del fondo, que sirve de acceso a las habitaciones de las modelos, se abre tímidamente, y la cabecita rubia y adorable de Cookie asoma para indagar, discretamente si se encuentra allí Smith todavía aguardándola. Gwen, que se da cuenta e intenta evitar por todos los medios se encuentren los dos jóvenes, procura despistar a Smith mirando con interés su corbata, donde

luz: en ella un alfiler de un valor reducido, pero que demuestra el excelente buen gusto de Smith.

—¡Qué alfiler tan hermoso!

Smith, agradablemente sorprendido, creyendo de buena fe que Gwen admira su alfiler de corbata, le dice muy afable:

—Veo que empieza a apreciar-me. Dígame, por favor, ¿cuándo viene Cookie por aquí?

—Se lo diré, ya que es usted constante. Del sábado en tres semanas. Ahora ya lo sabe, y puede marcharse.

—Gracias de la información. Esperaré aquí sentado, hasta que llegue este día ansiado en que pueda volver a ver esa encantadora criatura.

Durante el breve diálogo anterior, Cookie ha conseguido salir de sus habitaciones y alcanzar la puerta de la calle. Philbean, que se espera en la parte exterior de la puerta, al verla salir, da la voz de alarma tocando dos veces un pito que lleva preparado a tal efecto. Al oír la alarma dada por Philbean, Smith corre hacia la salida, logrando dar alcance a Cookie, que lo suera con el ceño fruncido y un mohín de disgusto en sus jugosos labios. Cookie intenta salvarse aún tomando el ascensor; pero Philbean, que había preparado estratégicamente el plan

de acuerdo con Ricardo Smith, ha colgado un papelito en la puerta del ascensor con el consabido rótulo de «No funciona».

Ricardo se coloca a su lado, murmurándole muy dulcemente junto a su oído:

—Me temo, querida, que estamos incomunicados con tierra firme.

Sin responderle, Cookie intenta llegar hacia la escalera, pero Ricardo se sitúa a su paso, diciéndole:

—Le dije que no se sorprendiese. Le prometí llevarla a cenar, y volver a buscar mi pitillera. ¿Le parece bien que cenemos ya?

Cookie, bastante divertida en el fondo del atrevimiento de Ricardo, le responde con el mismo tono humorista:

—Gracias, pero voy a cenar con alguien que me lleva en su coche.

—¡Oh! Yo puedo hacerlo también. Además, si le gusta ir en coche, yo puedo llevarla, señora Hoopnagle, a dar también una vuelta por el parque.

—Smith, se lo suplico. Déjeme en paz. Váyase usted a dar vueltas por el parque y no me comprometa, que mi empleo es antes que usted...

—Cookie, querida, usted merece un empleo mucho mejor.

—Me agrada el que tengo. ¡Conozco a gente tan rara!

Ricardo Smith, siguiendo su es-

tribillo, cree llegado el momento de declararse a Cookie, y aprovecha un momento de desconcierto de la joven para pedirle:

—¿Le he dicho que el traje que le sentaría mejor es el nupcial?

—Sí, señor; ya me lo dijo; y me hizo mucha gracia.

—Pues...

Cookie, que no ha perdido de vista un solo momento la puerta del ascensor suponiendo que el colébre letrero es una estratagema de Ricardo, ve que se abre la puerta, y el muchacho encargado da la salida a cuatro o cinco personas que se encontraban en el interior del mismo. Aprovechando un momento de confusión de Ricardo, logra meterse en el ascensor y desaparecer de su vista. Smith, contrariadísimo, ya cree perdida de nuevo la pista de la muchacha que adora, cuando en aquel momento el desaprensivo marido de Gwendolina es arrojado a viva fuerza de la Agencia Pnelix por su propia dueño; al salir se encuentra

de bruces con Ricardo, que le aborda. Mahon va acompañado de la llamante cámara fotográfica que acaba de regalarle su esposa. Ricardo, al darse cuenta de que Mahon puede darle las orientaciones que precisa, se siente completamente feliz:

—¿Conoce usted a Cookie?

—Claro; ¿quiere usted comprar una cámara?

Ricardo, sin responderle, echa mano a su bolsillo y le entrega cincuenta dólares. Mahon, comprendiendo lo que desea Ricardo, le responde concretamente:

—El teléfono de Cookie es Lexington 2098.

Y sin añadir una sola palabra más, ya que ha logrado el objeto de vender su cámara, desaparece en el ascensor, que ha subido de nuevo.

Ricardo, contentísimo, abraza a Philbean, que con cara de desolación se prepara a extender un cheque de los acostumbrados por incumplimiento de demanda matrimonial.

EL NUEVO EMPLEO DE COOKIE

RICARDO Stuyvesant Smith está enamorado, profundamente enamorado de esta muchacha rubia y preciosa, que le desprecia y que no presta la menor atención a su galanteo. Por ella misma sabe que Cookie no se casará jamás con un hombre pobre, y en estos momentos, Ricardo, que siempre conquistó a las mujeres, aparte que por su simpatía, por el incentivo de su dinero, se ha propuesto lograr que la joven le quiera por sí mismo. Todas sus estratagemas y procedimientos no son más que para aproximarse a Cookie y dominarla por medio de la seducción; el día que le diga a Cookie que la quiere, pretende ser correspondido, y cuando la muchacha se lance a sus brazos rendida de

amor, sorprenderla con la agradable noticia de que Ricardo Stuyvesant Smith es cuatro veces millonario. Cookie le amará; está seguro de ello, y para lograr su propósito, se vale de un procedimiento que forzosamente ha de darle los resultados apetecidos. Ricardo no se detiene ante nada, y su idea no es otra que fingirse en definitiva modelo masculino de la nueva Agencia Philbean que acaba de inaugurarse, instalada con su propio capital, y de la que ha hecho director a su criado Philbean, que es el que le sirve para las endiabladas combinaciones que se propone realizar. Philbean no se cunda de muy buen grado la idea de Ricardo; teme que Cookie sea una de tantas aventureras que comprometieron a Smith, y que luego ten-

ga que entregarle la cantidad estipulada, ignorando que esta vez el joven está sinceramente enamorado, y que Cookie es una muchacha interesada, pero incapaz de realizar una acción innoble. Cookie, en el fondo de su corazón, está enamorada de Ricardo; se empeña en negárselo a sí misma, pero sus sentimientos la atraen hacia Ricardo, y se esfuerza en ocultarle su simpatía. Philbean ha instalado una agencia de anuncios ultramoderna, con capital de Ricardo. Al joven no le importa perder unos miles de dólares en tan absurdo negocio, del que no entiende una palabra; pero de lo que está seguro es de que así, junto a Cookie a todas horas, logrará hacerse amar por ella. ¿Y qué importan los dólares cuando se trata de conseguir la felicidad para siempre?

Por esto esta hermosa mañana de junio ha sorprendido a la prensa el anuncio de una nueva empresa anunciadora, empresa que le ha ofrecido un empleo a Cookie, juzgada la modelo publicitaria más bonita de Nueva York. Antes de que aparezca en el despacho de la Agencia Philbean la propia Cookie, Ricardo está dándole a su criado las instrucciones para lograr el contrato de Cookie, teniéndola así encadenada y no podrá huir jamás de su

lado, dándole el tiempo suficiente a enamorarla.

Philbean, a quien le cuestan bastante de entender algunas cosas, no logra adaptarse con la rapidez que Ricardo quisiera al fondo del asunto, y Smith está ensayando por todos los procedimientos el convencerle:

—¿Se sabe ya la lección, Philbean?

—Sí, señor, sí.

—Yo ya no soy Ricardo Stuyvesant Smith. Sino Dick Smith el modelo profesional. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —asiente Philbean, cómodamente instalado tras la mesa del despacho.

—Tiene que recordar preferentemente tres cosas...

—Sí, sí, señor. No me diga nada. Tres cosas... Primera, ofrecerle un empleo a la joven... Segunda... ofrecerle quince dólares semanales.

—¿Pero qué dice usted, Philbean? —exclama Ricardo desesperado, comprendiendo que su criado se lo estrapeará todo—; son quince dólares diarios.

—¡Oh! Sí, señor, sí, diarios. Esos, ofrecerle quince dólares diarios.

—¿Y luego qué más, Philbean?

—Pues luego... luego...

—Luego un papel.

—Sí... sí... un papel. ¡Ah! Sí, que firme el contrato miss Cookie.

que lo firme, y lo firmará. Sí, señor.

Ricardo continúa igualmente desesperado al darse cuenta de que su criado estrópeará el asunto.

Cuidado con llamarme señor. Ahora soy un empleado.

—Sí, eso es. Es mi empleado. Entonces, señor Smith, ya que es usted mi empleado, ¿Quiere hacer el favor de quitar los pies de encima de la mesa?

—Ricardo no puede hacer otra cosa que reírse de muy buena gana. Se había instalado cómodamente poniendo, como es su costumbre, los pies sobre la mesa de Philbean, y Philbean le recordaba su autoridad reconviéndole. Lo único que deseaba en aquellos momentos Ricardo es que Philbean desempeñara bien su papel. Un violento y persistente timbrado indica a Philbean y a Ricardo que miss Cookie ha aparecido en el vestíbulo de las oficinas. La mecanógrafa tenía instrucciones concretas de que al momento que apareciera la joven tenía que avisarles. Philbean siente una enorme nerviosidad y Ricardo una profunda emoción, no ha vuelto a ver a su adorada desde el día en que cambió unas palabras con ella a la puerta del ascensor, y está convencido que ella siente por él un gran afecto, pero duda de que pueda dominar sus ambiciones. Ricardo no puede eva-

dirse de la habitación, no calculó bien con la precipitación de estudiar la forma de salir y se encuentra cazado, si Cookie le ve allí creará la verdad, que todo es obra de Ricardo y no querrá firmar el contrato.

Pero por último, Ricardo encuentra un medio de ocultarse en el hueco entre el fondo del balcón y la persiana donde se sitúa. Desde allí podrá observar toda la conversación. Coincidiendo a su truco entran en el despacho Cookie y su hermana mosa como siempre, mira un poco Gwendolina. Gwendolina, tan herextrañada la elegantísima oficina que ha mandado a buscarla para ofrecerle un nuevo empleo, Gwendolina, que no las tiene todas consigo, es la que está más estamada del asunto, suponiendo que en todo esto aparece oculta la mano del nuevo modelo que se enamoró de un modo tan fulminante de su hermanita.

Cookie es la primera en hablar, diciéndole al atribulado criado de Ricardo:

—¿Es usted Mister Philbean?

—Sí, señorita, soy Philbean, el agente de anuncios.

Gwendolina, que conoce toda la vida publicitaria de la ciudad, no puede por menos de exclamar:

—Francamente, señor, jamás oí tal nombre.

Philbean, que no esperaba esta disgresión, no sabe cómo salir del atolladero, y se le ocurre una nueva extravagancia:

—¿Es un nombre muy raro, verdad?

—No..., es un nombre como otro cualquiera. ¿Le molestará que nos sentemos?—continúa Gwendolina.

—¡Oh! No, al contrario... al contrario... siéntense... Señorita, tengo tres cosas que recordar...

Las dos hermanas se miran profundamente extrañadas. El tío Philbean las sorprende. Interiormente piensan las jóvenes que este hombre está bebido. Philbean, que se da cuenta de la plancha, continúa:

—Mejor dicho, tengo tres cosas que decirles. La primera...

Habla ya olvidado por completo cuanto tenía que decirle a Cookie, para ver de dar tiempo a su mentalidad para que le acuda lo que ha olvidado sugiere una idea:

—¿Quiere usted una banquetta para los pies? ¿Quiere estar más cómoda?

Cookie se da cuenta de la extraña actitud del caballero que la solicita. Cookie es una muchacha dignísima que aun cuando viva la existencia de la modelo comercial no puede admitir la actitud dubitativa de aquel extraño caballero. Por otra parte, Gwendolina, a pesar de su

buen humor y de su ironía también considera, y no con indignación, que aquel flamante gerente de la casa de publicidad las ha llamado por algo que no tiene nada que ver con un empleo. Cookie rechaza la banquetta y se pone a la defensiva. Ricardo, que seguía espiando desde el balcón, se da cuenta también de que Philbean está a punto, con sus indiscreciones, de echarlo todo a rodar. Gwendolina se marchará de un momento a otro y se habrá perdido la oportunidad de llevar a su lado a la joven, y lo único que quiere Ricardo es que Cookie se enamore de él sinceramente, sin saber que es un millonario, aun cuando la muchacha haga alardes de que tan solo se casará por interés. Ricardo está seguro que si él consiguiera enamorarla ella se casaría por amor sin pensar jamás en el dinero...

Gwendolina, que cree haber comprendido bien claramente lo que pasa a Philbean, le pregunta con algo de sorna:

—Oiga, caballero, ¿usted bebe?

—Sí... no... es decir, no veo inconveniente... ¿quieren ustedes beber una copa?

—No, señor, no queremos beber. Queremos terminar pronto y usted dirá, porque esta situación comienza a ser molesta para mí—dice Coo-

kie bajando rápidamente sus piernas de la banquetta.

Philbean, que recobra súbitamente la memoria, se le ocurre entonces la pregunta que tiene, que hace a continuación:

—¿Qué emolumentos percibe usted, señorita?

—¿Cuánto ofrece usted, caballero?

Philbean, creyendo que sus palabras harán mucho efecto, toma un gesto sumamente importante al decir:

—Por ser usted le daré quince dólares semanales.

Gwendolina queda asombradísima, se necesita cinismo y valor para haber llamado a la más famosa de las modelos comerciales de Nueva York y ofrecerle únicamente quince dólares semanales. Ya está dispuesta a decirle algo que no suene muy armoniosamente cuando Cookie que se ha dado cuenta, interrumpe respondiendo con ironía al generoso Philbean:

—¿Qué esplendidez! Quince dólares, caballero, me parece que se los bebe usted de whisky cada día.

Philbean se da cuenta entonces de que ha metido la pata, por otra parte, las ventanas suenan furiosamente. Es como si un viento huracanado batiera en los cristales. Ricardo está desesperado. Y el pobre hombre interrumpe a la joven:

—Al día. Eso es, quise decir quince dólares diarios.

Cookie, al oír la cantidad que como retribución diaria ofrecen a su trabajo, se queda profundamente sorprendida. Desde luego la joven no ve claramente de qué lugar provienen esos ingresos y una oferta tan considerable. Por otra parte ignora por completo quién pudo ser que la creyera indispensable en la Agencia Publicitaria. Pero, en fin, quince dólares diarios no es una suma despreciable y eso es precisamente lo que tiene en cuenta Cookie.

—¿Ha dicho usted quince dólares al día?—insiste la joven.

—Sí, sí, eso dije, y si le parece poco le daré veinticinco. Eso es, veinticinco dólares al día.

Gwendolina no deja terminar a Philbean, y levantándose toma del brazo a su hermana:

—Anda, vamos, Cookie. Ese señor ha bebido demasiado.

—¡Oh! No, no se vayan, por favor. ¿Nadie le ha dicho a usted, señorita, que estaría usted encantadora con el traje nupcial?

—¿Eh? — exclama Cookie sorprendida, recordando que esas fueron las palabras que le dijo Ricardo el primer día que la vió.

—He querido decir, señorita, que estaría usted encantadora con el traje nupcial en la portada de una revista.

—Señor Philbean, cuando yo trabajo no paso más adelante que de mi retrato. Hace usted muy mal su papel—añade Cookie cada vez más escamada.

—¿Papel? ¡Ah! Sí, firme el contrato. Quiero que trabaje usted bajo contrato. Venga usted conmigo, que en el despacho contiguo está mi abogado y ultimaremos los detalles.

Cookie se da cuenta entonces de que esto es una realidad que va a formar un contrato y que ganará todos los días veinticinco dólares. Gwendolina, que está menos convencida que su hermana, queda asombradísima al ver a través de las persianas a Ricardo, y comprende de dónde provienen estos genero-

sos ofrecimientos, aunque, naturalmente, Gwendolina está muy lejos de imaginar que Ricardo Smith sea propietario de este magnífico despacho y de esos lujosos muebles. Al pasar ante la ventana en dirección a la puerta, Gwendolina exclama en voz alta:

—Esta es una casa de locos. Cuantos hay aquí están locos. Y usted también, Smith.

Cookie no se ha dado cuenta de nada, y a los pocos minutos las dos hermanas salen de la nueva agencia con un nuevo contrato firmado en el bolsillo, y con un anticipo de quinientos dólares. La alegría de Cookie es extraordinaria, un empleo nuevo y bien retribuido, aun cuando Gwendolina va murmurando sin que Cookie que le preste mucha atención:

—Aquí hay gato encerrado...

TE QUIERO

El primer día de trabajo para Cookie en su nuevo empleo es a base de fotografías playeras. Desde las diez de la mañana que se encuentra ataviada con el más lujoso pijama de playa que la más audaz fantasía de un modisto pudiera imaginar. Su figura escultural luce bajo el sutilísimo envoltorio del pijama, tocada por una grandiosa pámela que sombrea su rostro y sus ojos azules que frente al mar reflejan tonalidades maravillosas. Philbean, vestido con un ridículo traje de baño y acompañado de un fotógrafo se propone realizar las más originales fotografías playeras. Cookie, espera al modelo masculino como de costumbre, pacientemente. Philbean sonríe encantado imaginando la gran

sorpresa que se llevará Cookie, cuando vea aparecer a su lado a Ricardo Smith.

Efectivamente, a los pocos minutos Smith, envuelto en su albornoz elegante y modernísimo, aparece sorprendiendo a Cookie, que le recibe con una sonrisa maliciosa. Philbean se cree en el deber de simular una presentación:

—¿Conoce usted al señor Smith, señorita Cookie?

—Sí, tuve ese disgusto.

—Bien, pues entonces no es necesario presentarles, ahora que es mi deber hacer constar que este empleo se lo debe usted a él. El señor Smith me la recomendó y me dijo que la Agencia Philbean sin tenerla a usted como modelo no podría existir.

Cookie, agradablemente sorprendida, levanta sus hermosos ojos mirando a Smith con agradecimiento. La joven no quiere decirse ni a sí misma la enorme alegría que siente al encontrarse junto a Ricardo. Algunas veces había pensado en él, pero está resuelta a no enamorarse en modo alguno de un hombre pobre. Por esta razón procura por todos los medios disimularle la simpatía enorme que por él siente. No obstante, por cortesía, le da las gracias cuando Philbean se retira de su lado y va en busca de su máquina fotográfica:

—¿Usted me consiguió este empleo? ¿Cómo pudo hacerlo?

—No se preocupe, Cookie; tengo gran influencia con el viejo.

A Ricardo le divierte enormemente la situación:

—Muchas gracias, entonces.

Entretanto, Philbean intenta acomodarles en una estilizada silla de playa que está sobre la arena. El grupo que forman los dos jóvenes no puede ser más encantador. Cookie aparece deslumbradora. Se ha despojado de la capa y su busto armonioso luce en todo el esplendor de su belleza juvenil. El tono llamativo del albornoz de Ricardo hace destacar aún más el color ambarino de la piel de Cookie, al enlazarla el joven entre sus brazos, ya que

han de simular una escena de amor.

—Siéntense bien juntos, hagan el favor.

—Encantadísimo—responde Ricardo acomodándose junto a Cookie cada vez más cerca de ella.

Cookie, aprovechando una distracción de Philbean, le pregunta a Ricardo en voz baja:

—¿Usted gana también veinticinco dólares diarios?

—No, precisamente veinticinco, no.

—Es fácil conseguirlos. De momento no se los dará, pero el viejo cuando bebe no sabe lo que dice y se consigue de él cuanto se quiera.

—Lo intentaré en cuanto tenga ocasión.

Philbean, que acaba de enfocarles, protesta de la gravedad de los rostros de la pareja.

—Pongan otra cara más alegre. Sonrían. Hagan el favor.

Ricardo, que se siente felicísimo cuanto más cerca tiene de sí a Cookie, sugiere:

—Así no quedaremos bien de manera alguna. Debíáramos estar más juntos...

Pero Philbean, que se ha tomado muy en serio su papel de jefe, le contesta a Ricardo de cualquier modo:

—Aquí quien manda soy yo, Smith.

LO PREFIERO MILLONARIO



—¡Cookie! A ver si adoptas una actitud sentimental.

Ann Sothern, la deliciosa «Cookie», en LO PREFIERO MILLONARIO.



—Dígame, por lo menos,
el nombre de esta señorita.



—¿Sabe usted lo que di-
ce, señorina, mi corazón?



— Mira usted, señor Phil-
bert, a mí no me gustan
las medias tintas...



— ¡Qué despilfarro! ¿A
qué viene todo esto?



—Esta es una casa de
locos. (Y usted también,
Smith!)



—Si ya se lo decía yo: un
brillante canario.



—Me parece muy bien que una joven tan hermosa como la señorita Cookie salga a cenar con sus amigos, y mucho mejor si tiene novio.

Ricardo y Cookie siguen retratándose y trabajando juntos.



Cookie, sin preguntar nada más, se sienta. A su lado se sienta Smith y de nuevo les enfoca en una romántica actitud...



—¡Oh! me ha entrado jabón en los ojos...

LO PREFIERO MILLONARIO



Conkie sigue al criado, entrando en la habitación 216, igual que hizo antes Ricardo.

... Philbean, al verlo salir de la voz de alarma tocando dos veces un pito...



Efectivamente, el juez de paz se dispone a realizar el matrimonio, ya que cree de buena fe a Smith en la agonía.



—Le suplico que me dé una habitación, sea del piso que sea.

—No le entretenga, que no le dará más dinero—interviene Cookie conciliadora—. Señor Philbean, el señor Smith piensa abandonar su empleo si usted no le trata mejor.

—¿De veras? ¿Está usted segura?

—Claro, si tiene ofertas mejores...

Philbean rio de buena gana.

—Bueno, pues, que se vaya, módelos como él me sobran a puntapiés.

Cookie, cree que debe tranquilizar a Smith y le dice en voz baja afablemente:

—No se preocupe, yo le conseguiré que le pague mejor.

Ricardo se da cuenta de que Cookie comienza a interesarse por él. Verdaderamente su plan no puede ser más acertado, la proximidad les unirá más y más y Cookie le dirá que le quiere el día que él se lo proponga.

—¿Tanto se interesa usted por mí, Cookie?

—Tengo el empleo gracias a usted y quiero ayudarle—responde la joven algo confusa.

Philbean ha puesto su objetivo a punto de disparar y añade desde el lugar donde se encuentra:

—Ahora mírela como si estuviera dándole una serenata.

—¿Le doy la serenata?

—¿Tengo que soportar eso también en mi nuevo empleo?

—No, pero usted debe animarme para que yo quede bien en el retrato.

Cookie sonríe vencida, y entonces Ricardo, tomando su «ukelele», comienza a tararear con su voz agradableísima una canción de amor que es una declaración constante. Cookie, aunque no quiere darse por aludida, se siente deliciosamente turbada y emocionadísima. El rumor del mar algo lejano, la brisa de la mañana y la proximidad de Ricardo mientras canta su canción de suave ritmo la conmueven intensamente. ¿Se estará enamorando de Ricardo? Por otra parte, el joven se deja también arrebatar por el encanto del momento aquel. Y su canción tiene en sus labios los más apasionados tonos de sinceridad. Philbean finge no verles y va tomándose magníficas fotografías. Ricardo, al terminar el estribillo de su canción le dice a Cookie: «Te quiero». «¿Me quieres tú a mí?» Pero Cookie, que ha dominado sus nervios, le dice sonriendo:

—No, no.

—Cookie, ¿no le ha dicho a usted nadie que el traje que mejor le sentaría es el nupcial?

—No, no me lo ha dicho nadie.

más que usted. Y como ya hemos terminado, voy a marcharme.

—Ya que van a subirme el sueldo, ¿me permite que la invite a cenar?

—No sea usted loco. Ahorre ese dinero. Además estoy invitada a cenar todas las noches que no trabajo.

Esto no entraba en los cálculos de Ricardo, que esperaba tener a Cookie vencida y poder esta noche, a los postres de la cena, revelar su verdadera personalidad y declararle su amor. Creyendo que Philbean comprendería su deseo Ricardo sugiere:

—¿No es cierto, señor Philbean, que tiene miss Cookie que trabajar esta noche?

—¿Esta noche? No.

—Usted me dijo antes que tenía trabajo, y ahora ella me dice que ha de salir a cenar invitada por un caballero.

Philbean, inoportuno como de costumbre, acaba de estropearle la combinación a Ricardo, mientras le dice a Cookie:

—Me parece muy bien que una joven tan hermosa como la señorita Cookie salga a cenar con sus amigos, y mucho mejor si tiene novio. Jamás me entrometeré en sus asuntos particulares. Vaya y diviértase, Cookie.

Cookie, contenta y feliz por haber logrado librarse de Ricardo, al que cada vez se siente más aterrorizada, se despidió con una sonrisa de los dos hombres.

—Gracias, señor Philbean. Hasta otro día. Ya me avisará usted cuando me necesite. Adiós, Smith y muchísimas gracias por todo.

Cuando se quedan solos Philbean y Ricardo, este último, enfurecido, siente, naturalmente, deseos de estrangular a su criado. Philbean, al darse cuenta, se separa de su lado rápidamente, pero aun a tiempo de oír la voz enfurecida de Smith diciéndole:

—¡Idiota! Debería darte de puntapiés, ¿no lo has comprendido que tiene una cita con otro y esto es lo que no quiero?...

LOS ANUNCIOS Y EL AMOR

LA noche de este mismo día, Cookie recibe en su casa una magnífica sorpresa. De la Agencia Philbean le han mandado los bellísimos trajes que tiene que lucir al día siguiente para que se los pruebe, y para que los luzca si le interesa. Cookie, que no ha visto jamás en su casa tales vestidos, y que tan solo los exhibió ante el ojo inquisidor de la máquina fotográfica, no cesa de mirarse al espejo. Cwendolina, su hermana, está también bastante sorprendida, pero más escéptica que Cookie no se entusiasma tanto ante los trapitos de la modelo. Cookie acaba de ataviarse con un hermosísimo traje de noche que realza su esbelta silueta. El traje, bordado en lentejuelas plateadas,

es un prodigio. La rubia cabellera de Cookie diríase dorada al resbalar sobre sus hombros. Un valioso collar de perlas se adhiere a su piel. Cookie no cesa de mirarse al espejo sorprendiéndose al verse tan bonita, pudiendo disponer de este suntuoso vestido para cuanto quiera.

En realidad, Cookie es una mujer que conoce la fuerza de sus atractivos; no en balde ha sido juzgada la modelo más bella de Nueva York. El traje se adhiere a su piel como si la figura de Cookie estuviera creada ex profeso y únicamente para lucir estos trajes. Diríase que hay encerrada en Cookie la Venus perfecta del siglo XX.

Bajo este aspecto de mujercita moderna al día, Cookie oculta un corazón sensible en extremo, lucha

consigo misma para sugestionarse de que ha de casarse con un hombre rico; la deliciosa espiritualidad de Cookie se revela a ello, pero los consejos de su hermana la llevan por el camino de una decoración falsa, el mundo de los anuncios y de la publicidad de relumbrón que envenena tantas almitas de mujer.

Cookie, que está convencida que el señor Philbean es viejo y desagradable, después de la desconcertante escena que vivió en su despacho, se va sintiendo a cada momento que pasa más molesta. La luz irisada que el collar de perlas desprende sobre su pecho diríase que la molesta, y su gestionada por su propia figura, no aparta los ojos del espejo, recordando con demasiada simpatía aquel compañero de trabajo pobre, pero simpático, que ha logrado llegar hasta su corazón, y como obedeciendo al conjuro de sus propios pensamientos que no puede apartar, dice Cookie, la modelo más bonita de Nueva York, dirigiéndose a su hermana:

—¿Quién iba a creer que el señor Philbean me enviase a casa estas galas? ¿Qué te parece a ti, Gwendolina?

—Tratándose de este viejo loco nada me sorprendería. Con la cara que tiene es capaz un día hasta de

enviarnos los muebles de la Agencia.

—Debieran mandarle al manicomio.

Interrumpe la conversación de las dos hermanas el timbre de la puerta. Gwendolina, creyendo que es el barón el que llama, se precipita a abrir la puerta. Pero al hacerlo se encuentra desagradablemente sorprendida. Su esposo de nuevo se dispone a importunarla. Por lo visto ya se le acabaron los fondos que le había proporcionado su cámara fotográfica. Al abrir la puerta, Gwendolina corta la palabra secamente a su marido que se proponía adularla muy cariñoso:

—Hola, nenita, yo...

—¡Se cerró el banco!

—Permiteme que pase. Vengo a admirar vuestra opulencia. No podéis negarme que nadáis en la abundancia—continúa el truhán de Mahón al observar el elegantísimo vestido que lleva Cookie dispuesta para salir.

—Te equivocas. Yo no tengo nada y Cookie perdió el empleo.

—¿Qué hay, Cookie? ¿Hay novio rico en perspectiva?

Cookie ni le responde a su cuñado, volviéndolo la espalda se oculta en su habitación. Gwendolina a su vez le empuja violentamente hacia la puerta de la calle.

—¡Fuera de aquí!

—¿A qué viene tanta prisa por echarme?

—¿Para quién se engalanó así?

—A ti qué te importa. Ale, vete, te dije que la caja está cerrada. Déjanos en paz.

Y acompañando la acción a la palabra, Gwendolina echa a su marido de su casa, sin que en esta ocasión le sea posible arrancarle una nueva cámara fotográfica.

—No quieres que sepa que sales con un millonario. Saldríamos a sablazo diario.

Cookie, que disfruta de muy buen apetito y está sin cenar, se ha preparado un bocadillo. Gwendolina, al darse cuenta, la interrumpe quitándole el bocadillo.

—No comas nada, que dije al barón que te lleve a cenar.

—No te preocupes, puedo comer tranquila, que no me quitará el apetito, probablemente me traerá unas pastillas de menta.

Gwendolina, atendiendo un discreto golpe en la puerta de la habitación, va a abrir rápidamente, cerciorándose antes de que no sea su marido de nuevo el indiscreto inoportuno.

—Pase usted, barón Torini, pase usted.

El barón entra rápidamente y, co-

mo de costumbre, se dirige a Cookie con su romántico saludo:

—¿Cómo está la más hermosa pajarita de la pajarera? He llegado en un vuelo rauda para llegar antes.

—Pues pliegue las alas y pase usted. ¿Y adónde van esta noche los tortolitos?

—Pues, si la signorina quiere, al Hotel Vandever.

Gwendolina, que está por todos los medios dispuesta a complacer al barón, acoge con gran entusiasmo la idea, mientras Cookie, que no puede sustraerse de acordarse a todas horas de Ricardo, se encoge de hombros con indiferencia.

—El Vandever es el mejor hotel que hay. Es el más lujoso. ¿Le gusta a usted bailar?

—¡Oh!, sí... me encanta. Cuando suena la música giro como un halcón.

Torini ha dejado sobre una butaca un nuevo estuche de terciopelo rojo que tiene todas las trazas de llevar en su interior otro huevo de gaviota de la Patagonia como aquel que indignó a Cookie y a Gwendolina. Esta última ya no presta atención al estuche, segura de que el barón ofrecerá a su hermana una nueva extravagancia. Cookie se deja arrastrar, obedeciendo a su hermana, pero dándose cuenta perfecta de que todos sus sueños de riqueza

van borrándose de su imaginación. Antes de conocer a Smith era una mujer egoísta que tan solo deseaba casarse con un hombre rico, hoy, aunque no se lo confiesa ni a sí misma, sentiría una felicidad extraordinaria si, vestida con el más sencillo de sus trajes, pudiera pasearse por un parque junto al humilde Smith, con quien ha de retratarse únicamente en constantes escenas de amor.

Escenas de amor que son una tortura para Cookie. Un carroussel fantástico de momentos felices que tienen vida únicamente la brevedad del disparador del objetivo. Por las mañanas, envueltos en amplios albornoces y trajes playeros, se tratan amorosamente abrazados sobre una playa de arena artificial. A la hora del «cock-tail» del mediodía, unen en un mismo vaso las dos pajitas para observar el líquido mirándose en los ojos mientras la agencia Philbean procura retener un primer plano de comercialidad interesante, porque Cookie luce el último modelo de sombrero, y Smith el último modelo de corbata. Por la tarde, en las carreras simuladas por el fondo de un decorado, exhiben dos trajes de último grito paseando amorosamente enlazados por el brazo.

A la hora de la cena, una monumental fuente de comida que no

pueden tocar, y una cubeta con una botella de champaña sirve de fondo al brindis de dos copas que son otra promesa de amor inquietante. Cookie sufre, pero aprovecha los instantes de las poses con avaricia de enamorada que no quiere ni confesárselo a sí misma. ¡Qué lástima no ser una muchacha del montón, humilde y gris, llevando de su brazo a Smith, un empleado modesto, y tener únicamente como fondo un parque de tupida arboleda sentados en un banco de maderal. Pero que aquel amor fuera real, cierto, auténtico, verdadero, que pudiera hacer planes para el mañana imaginando pasar la vida juntos sin inconvenientes, sin molestias, sin luchas, sin esa constante rivalidad, sin tener que pensar que el mañana es difícil y que llegará un día que Cookie y Smith tendrán que separarse para siempre.

Haciéndose estas reflexiones indiscretas se halla cuando el timbre del teléfono corta la conversación. Cookie es la que atiende personalmente al aparato. La voz ronca de Philbean suena al otro lado del hilo telefónico:

—Señorita Cookie, soy Philbean, de la Agencia. Por una especial circunstancia la necesitare a usted esta misma noche.

Si Cookie tuviera la virtud de ver

a través de un aparato telefónico se daría cuenta de que esta conversación sale de la suntuosa casa de Ricardo Stuyvesant Smith, el que ella conoce como humilde modelo comercial, y que está dándole imperiosas órdenes al ridículo Philbean que, por lo visto, no acierta a complacerle:

—La presencia de esta señorita se necesitaba todas las noches.

—Sí, Cookie, he querido decir que la necesitaré a usted cada noche.

Cookie, profundamente sorprendida, no responde absolutamente nada, fingiendo una voz que no es la suya. Philbean, no obstante, continúa:

—Por lo tanto ya lo sabe usted, no disponga de su tiempo porque tendrá que trabajar probablemente.

Otra vez la perorata del infeliz

Philbean es cortada por Ricardo que, en voz baja, le añade:

—Sin probablemente. Diga usted indefectiblemente.

—Bien, pues, indefectiblemente.

Cuando Cookie tiene ocasión de contestar se defiende sabiamente de la acometida de Philbean.

—Bien, sí... pero yo no soy miss Cookie, soy su hermana Gwendolina, mi hermana salió hace rato para ir al hotel Vanderveer. Le daré el recado cuando regrese.

Y cuega el aparato la joven con rapidez. Philbean y Smith quedan desconcertados, pero el enamorado Ricardo no duda un momento y toma la determinación más rápida:

—Vamos allá.

Cookie y el barón Torini salen de la casa de la primera en dirección al Vanderveer.

QUIMERA O REALIDAD...

El hotel brilla aquella noche con todo su esplendor de grandiosa fiesta.

El bar y el comedor aparecen rotamente llenos. Las mujeres, no tan hermosas quizás como la propia Cookie, exhiben sus trajes más bellos; la orquestina sigue interpretando bailes melodiosos; afloja en el ambiente el olor de exquisitos manjares, y el perfume penetrante de marca parisina que las damas difunden al girar entre los acordes de las melodías.

Cookie, luciendo el hermosísimo traje que Philbean le mandó por la tarde, produce enorme sensación en el hotel.

Cookie camina con paso seguro sobre la alfombra del hotel, sintiéndose

bella, muy bella, pero sigue en el fondo la sensación aquella de dolor contenido atenazando su corazón de enamorada. El barón Torini es un hombre francamente aburrido y desagradable; a Cookie le parece un imbécil, embrutecido por la cantidad de dinero que posee y obsesionado por su manía de coleccionar huevos de pájaros exóticos. Algo que a Cookie le resulta francamente repelente y molesto.

Al pasar junto a los botones que ocupan el pasillo central, uno de los avispados muchachos se aproxima al barón saludándole respetuosamente y diciéndole:

—¿Es usted el barón Torini?

—Sí, en efecto.

—Le llaman al teléfono, señor barón.

—Oh! ¡Qué enorme contrariedad... Perdoneme un momento, carísima.

Cookie no siente en absoluto la ausencia del barón. Por la conversación que han sostenido viniendo en el coche, comprende Cookie perfectamente que el barón Torini no piensa llevarla a cenar; su deseo de ir al Vanderveer es porque su sabio profesor de zoología da aquella noche una conferencia sobre pájaros y huevos exóticos. El programa no podía ser para la hermosa Cookie más aburrido. No obstante, se resigna; al verse en un ambiente de aquella índole, rodeada de un lujo tan esplendoroso, siente acrecentar de nuevo sus deseos de casarse con un millonario que pueda ofrecerle todas esas suntuosidades que ella tan sólo vió de lejos a través de la farsa de sus anuncios publicitarios.

Ricardo, el autor de la llamada telefónica de Enrico Torini, ha tenido buen cuidado de encerrar al barón en la cabina telefónica, y aparecer con Philbean al lado de la joven, diciéndole al mismo tiempo con ironía:

—Se retrasó usted un poco, pero llega a tiempo de cenar.

Cookie está indecisa, no sabiendo qué partido tomar. Smith, vestido de frac, aparece aquella noche sub-

yugador como nunca; y ella, a pesar de sus delirios de grandezas, ha de confesarse que sería mucho más feliz trabajando con él que escuchando conferencias sobre aves tropicales con el barón millonario.

La voz de Smith la saca de su ensimismamiento.

—Parece que trabajamos de día y de noche. Vámonos al comedor.

—Pero...

—Venga usted conmigo.

En el ángulo más discreto del comedor, una mesa suntuosamente parada ofrece al apetito de Cookie una soberbia bandeja con caviar, langosta y una salsa magnífica. Unas botellas de champaña sumergidas en cubetas de hielo. El decorado no puede ser más tentador. Por un momento cree que aquello es falso, la guardarropía que tantas veces le sirvió de fondo en sus trabajos comerciales; pero al acercarse a la mesa, se da cuenta que los deliciosos bocadillos, la langosta, la mantequilla y el caviar son auténticos, y que el champaña está siendo en aquellos momentos destapado por un camarero que sirve el precioso vino en estilizadísimas copas.

Cookie, sin preguntar nada más, se sienta. A su lado se sienta Smith, y de nuevo la cámara les enfoca en la más romántica de las situaciones.

Desde aquel día, puede decirse

que Cookie y Smith ya no se separan. Se han retratado juntos jugando al tenis, paseando en coche, una tarde en las carreras de caballos, otra noche bailando de nuevo en el Vanderveer. A cada momento que tiene ocasión de hablar Smith con Cookie, insiste en su galanteo. El trato constante de los jóvenes ha llegado al corazón de la muchacha. Cookie, la mujer que quería un hombre millonario, está ahora interesada por un compañero pobre como ella, por un modelo de fotografías comerciales que gana menos que ella aún. Casarse con él es arrastrar una vida mediocre, con estrechez y privaciones, renunciando al lujo, que fué siempre su sueño, pero enamorada sinceramente. Smith, que ha sabido disfrazar su posición verdadera bajo su actitud de humilde empleado, siente también que el afecto que le acerca a la hermosa joven

no recuerda en nada aquellos caprichos vulgares que sintió por las otras mujeres a las que había galanteado anteriormente. Cookie es dulce, es tímida, es buena y es noble. Algunas veces lo hace reír de buena gana con sus salidas ingenuas y sus pobres egoísmos; comprende perfectamente Ricardo que esta cediendo bajo la pasión que por ella demuestra. Cuando la abraza en los momentos más apasionados de las fotografías, Cookie tiembla en sus brazos y no le mira a los ojos con fijeza. Sin duda alguna, comienza a quererle; y siguiendo su plan de ataque, Ricardo le indica aquella noche a su criado que le deje libres de trabajo para poder verla tranquilamente y en su casa.

Y Cookie accede a recibirle, impelida por esa ilusión que ella quisiera arrancarse de su alma, pero que no puede dominar.

¡VAYA, VAYASE. NO QUIERO VOLVER A VERLE!

GWENDOLINA está profundamente asombrada. Lo que hace hoy Cookie no recuerda habérselo visto hacer jamás. Cookie ha cubierto su cabeza con un trapo y está dándole brillo a los muebles y limpiando la casa. A Cookie le ha entrado el pundonor de no dejar una sola motita de polvo sobre la mesa y sobre las sillas. Y todo ello es porque ha de venir a visitarla Smith, su compañero de trabajo.

A Cookie ya le han pasado los deseos de exhibirse elegantemente vestida; esta noche se siente muy feliz en el interior de su casa vestida como una mujercita modesta y limpiando afanosamente. Ni a sí misma quiere confesárselo, pero siente más ilusión en ello que no la

que sintió jamás cuando al lado del ridículo barón Torini paseó la suntuosidad de un traje hermosísima. Las pequeñas cosas hogareñas encierran para ella sutiles delicadezas que no imaginó. Aquel ramo de flores que está sobre la mesa precisa colocarlo de otro modo para que la luz le dé más directamente; sobre la nevera han quedado unas manchas todavía, y sin hacer caso alguno a las ironías de su hermana, continúa trabajando. Quizás algún día ella poseerá una casita sencilla como ésta, y será en ella muy feliz, porque no siempre en la vida se sufre el desengaño que sufrió su hermana.

A Gwendolina le hace muy poca gracia la actitud de Cookie; por propia experiencia conoce estas ilu-

siones que en ella fracasan tan ruidosamente. Por propia experiencia sabe que un hombre cuando se propone enamorar a una mujer, lo consigue, como a ella la enamoró el truhán de Mahon, y ahora Cookie está haciendo lo mismo, está convirtiéndose en mujercita de su casa, para que cuando llegue Ricardo encuentre la habitación como una tarta de plata y la elogie por sus actividades inconfundibles de mujercita casera. Gwendolina no perdona ocasión de herir a su hermana con sus sarcasmos:

—¿De veras estás quitando el polvo?

—He decidido ayudarte.

—Se te estropearán las manos y las uñas. Oye, ¿y por qué no sales hoy de casa?

—Va a venir Smith a verme.

La indignación de Gwendolina es enorme.

—¿Y decías que ibas a casarte por dinero? ¡Dejas a un barón por un pobre diablo!

La bella Cookie no cesa de defender a Smith, poniendo gran ardor en su perorata.

—A él le debo el empleo. Has de reconocerlo.

—Sí, a él le debes el empleo, y a él le deberás el no poder vivir bien el resto de tu vida.

—Le tengo lástima al pobre chico... Está tan solo...

—Nada, lo dicho, Cookie; me parece verle ya implorando tu cariño maternal. De eso a la boda sólo hay un paso.

—No, Gwendolina — murmura más que dice Cookie—; no pienso casarme con él.

—Si te casarás, estoy convencida; y si no lo haces, habremos perdido la última oportunidad de poder vivir holgadamente.

Cookie no contesta y baja la cabeza. Gwendolina se da cuenta entonces de que no se equivocó, y está disuelta a tomar una resolución inmediatamente.

—Cookie, siempre te quise como una hija, y quisiera verte feliz, muy feliz. ¿Estás en realidad enamorada de Smith?

—No... no lo sé— responde Cookie con voz insegura.

—Temo que me juzgues egoísta, Cookie, pero sabes que cuanto yo hago es por tu propio bien, y esta noche estás encaminándote a tu ruina.

Gwendolina está enojada; comprende que Cookie quiere a Smith, y el único remedio para una situación tan molesta es que el barón Torini se declare cuanto antes. Des-

pués de casados, Smith se retirará, y Cookie, convertida en millonaria y baronesa, se olvidará también de ese amor romántico que no haría otra cosa que perturbar su vida y hacerla cambiar de criterio en sus propósitos.

—¿Cuál es el teléono del barón? Me gustaría darle unos cuantos consejos. Si mi técnica no falla, dentro de poco pedirá tu mano.

—No, Gwendolina, no le traigas... Todo fué una broma.

—Buena, por si no lo fuera... hay momentos decisivos en la vida.

Gwendolina se dirige a la puerta con ánimo de marcharse, y en aquel momento llama Smith. Gwendolina misma se encarga de abrirle, quedando profundamente sorprendida al verle llegar cubierto completamente de paquetes. Una hermosa cesta de uvas, una caja de bombones, sendos ramos de rosas y otra caja de confituras glaseadas. Cookie mira con ojos enormemente abiertos a Smith. Ese muchacho, loco y enamorado, se ha gastado el jornal de un día obsequiándola. A Cookie, esto la conmueve extraordinariamente. Nunca imaginó que Smith fuera capaz por ella de realizar tan tremendo despilfarro.

Smith, al darse cuenta del rostro de asombro que ponen las dos hermanas, dice del mejor humor:

—He traído provisiones por si nos sitiaba el enemigo. Su hermanita se niega a cenar conmigo...

Cookie le interrumpe malhumorada:

—Porque no quiere que gaste; está loco; no puede hacerlo.

—No hagas caso, Cookie—añade Gwendolina de mal humor—; el señor Smith es como los coches baratos: mucho ruido y muy poca velocidad.

—Sí, así seré; pero con mucho ruido y poca velocidad, tarde o temprano, pienso llegar a mi destino. ¿Se va usted por causa mía?

—No; voy a engrasar un coche rápido.

—Vuelva de vez en cuando a visitarnos; la recibiremos con mucho gusto — dice Smith, mientras de buen humor abre la puerta Gwendolina.

—Descuide, volveré, en seguida.

Cookie ayuda a Smith a quitarse su abrigo y su sombrero, a la par que toma de sus manos los magníficos regalos que el joven le ofrece. Cookie está sinceramente asombrada de la esplendidez de Smith.

—¿Que despilfarro! ¿A qué viene todo esto?

—Quise únicamente probar mi memoria. Usted me dijo un día que le gustaban las rosas, los dulces de fruta, los bombones y las uvas frescas.

—Vale más que pruebe su memoria acordándose que gana únicamente diez dólares diarios.

—Yo sé administrar mis diez dólares; no se preocupe por eso. Dicen que dádovas insignificantes quebrantan penas.

Cookie va poniendo en orden las cosas, mientras le dice reconviéndole más ablandada:

—¿Usted no piensa nunca en su porvenir, Smith?

—No; el presente es demasiado halagüeño. Bien, pero quítese ya su delantal y este paño que lleva en la cabeza. Ya veo que es usted una mujercita casera y hacendosa.

—No lo crea. Yo no soy en absoluto la mujer que conviene a un hombre egoísta, de los que les gusta casarse para que les cuiden y cuiden de la casa.

—Entonces, mi querida Cookie, si no es usted de esas, le insisto para que se quite ese paño que se ha puesto en la cabeza. Es malo cu-

brirse el cabello. A mí se me cae el pelo ya...

—No tema, gastaré peluca. ¿Pero es cierto que se le cae a usted el pelo?

Cookie toma entre sus manos la bien cuidada cabeza de Smith temblando ligeramente. Su hermoso cabello brilla a la luz de la lámpara y Cookie siente deseos infinitos de ocultar sus manos en el cabello del joven.

—No se le caerá a usted el cabello. Ricardo, si se lo cuidara como debo. Deje de comer estas uvas, y le daré un tratamiento capilar que le dejará a usted como nuevo. Mi tratamiento es gratis y hace crecer el pelo a una bola de billar. Quítese la americana. Y no me haga más preguntas. Quítese la corbata. Abrase la camisa.

Ricardo está asombradísimo de los ímpetus de Cookie, pero se siente intensamente feliz. Se ha encaminado con Cookie al cuarto de baño. Está abierto el grifo del agua caliente y se dispone a lavarle el cabello. La limpieza y el humilde bienestar que se disfruta en la bien cuidada casita de Cookie acaban de emocionar al joven. Encontrarse con ella en aquella habitación, lavándole ella el pelo, le hace pensar en la delicia

que sería una vida a su lado constantemente, joyéndola, viéndola a todas horas, saboreando su compañía y queriéndola como Cookie merece. Cookie, obrando también a impulsos de su corazón obliga a sentarse a Ricardo en la silla que hay ante el lavabo y tomando su cabeza entre sus manos le pone bajo el grifo del agua caliente sin hacer caso alguno de las ruidosas protestas del joven.

—Por Dios, Cookie, no se le ocurra a usted ponerme ahora una redecilla.

Cookie rie de buena gana, mientras le frota con un líquido capilar que provoca las exclamaciones de protesta de Smith.

—¿Qué horrible medicamento es ese? Huele a demonios coronados.

—No se preocupe. Lleve luego la medicina a su casa y que se la aplique su criado.

—¡Oh! Me abrasa usted, Cookie. Esto quema de un modo horroroso.

Cookie, siempre en el tono del máximo humorismo, continúa frotando su cabellera:

—Los paños calientes son como el amor: se enfrían pronto.

A su vez, Cookie, toma otro frasco y le echa sobre su cabeza una

buenha cantidad de champú que provoca en la cabellera de Ricardo una abundante espuma. El agua y el jabón mojan bárbaramente la camisa de Ricardo, que protesta a voz en grito haciéndose el niño mimado.

—¡Uf! Ahora no me quema usted tanto.

—No sea cobarde. Lo mismo le hacen a usted en la peluquería.

—En la peluquería no me mojan así.

Cookie, que tiene para todo solución, le encuentra una en seguida:

—Lo mejor será que se ponga usted cómodo. Dé la vuelta, cierre los ojos... Siga agachando la cabeza...

—¿Es que tengo que estar mucho rato con la cabeza agachada?

Cookie, sin hacerle caso, comienza a frotarle el cabello furiosamente.

La espalda del joven, fuerte y curvada, diríase que es la espalda de un atleta, su actitud tan dulce, tan sumisa, tan resignada, contrastando con su apariencia de fuerza, hace que subyugue a Cookie, que le acaricia con una ternura maternal. En aquellos momentos la joven se da cuenta de lo feliz que se siente junto a Smith, que sería para él la más fiel y enamorada esposa, que

nunca en su vida se sintió tan feliz y que para ella no habrán más horizontes en su vida que Ricardo Smith...

Para vencer su emoción se marcha a la habitación contigua. Ricardo, al darse cuenta de que Cookie se ha ido, la llama, un tanto inquieto:

—Cookie, Cookie, ¿dónde está? ¿Qué está usted haciendo?

—Estoy mudándome de ropa.

Por intentar mirarla, a Ricardo le entra jabón en los ojos provocándole un escozor tremendo.

—¡Oh! Me ha entrado jabón en los ojos.

Cookie procede a aclarar el cabello de Smith; entonces el joven que comprende es el instante supremo de hablar a Cookie comienza a decirle con voz persuasiva:

—Cookie, Cookie querida, me siento como nave que llega a puerto...

Cookie, cada vez más emocionada, seca la cabellera de Smith, prodigándole un ligerísimo masaje con las yemas de sus dedos. La proximidad de Smith la turba, y Ricardo, al verla a través del espejo, continúa mirándola con ojos de enamorado:

—No hay sensación comparable en el mundo que tenerla a usted a mi lado. ¡Qué buena es usted! Lo que más admiro en usted, mi Cookie, es esa bondad que la adorna y que usted quiere disfrazar en vano.

—Se equivoca usted, se equivoca.

—No, Cookie, a mí nadie me prodigó tales atenciones maternas. Y cuando una mujer se siente maternal es que quiere a un hombre. No me dirás que no, Cookie. Eso de esta noche te distingue de cuantas mujeres he conocido...

—No dé importancia a una cosa que no la tiene; le he aplicado un tratamiento capilar y nada más...

—repite Cookie estremecida por la emoción.

—Cookie—repite más convencido Smith—, he visto tus ojos a través del espejo y he sentido la caricia de tus manos...

—No... no...

—He visto tu mirada azul, tierna, dulcísima y maternal; he comprendido, Cookie mía, que podemos ser intensamente felices; no dudes de ello, viviremos bien, tranquilos, enamorados con nuestra pobreza; te lo digo seguro de mí mismo; te quiero, Cookie, te adoro. ¿Me quieres tú a mí?

Cookie siente que sus ojos van inundándose de lágrimas. Si se dejara llevar por los impulsos de su corazón se abrazaría a Smith y lo besaría amorosamente. Si pudiera expresar lo que siente le diría que le ama; que hasta entonces había preferido un millonario, pero desde que le vió a él no desea otra cosa que ser su mujorcita, que verlo para siempre, que se conforma a vivir con su modestísimo sueldo y que le ama, que le ama tiernamente.

Pero todo eso Cookie no quiere decirselo a Smith, no quiere comprometer su vida, no quiere demostrarle su amor, y para evitar el no poder dominarse se va a la habitación contigua dejándole con el cabello seco y mientras habla, Smith al darse cuenta de que está solo, comprende que algo anormal ha sucedido y levantándose va al lado de la joven, intentando continuar la conversación en el mismo tono humorista.

—¿Acabó ya? ¿No va a darme alguna loción? Mi barbero siempre las usa.

—No.

El tono seco de Cookie le revela a Smith por completo lo que él al verlo alejarse ya había sospechado:

—¿Sucede algo?

—No, pero váyase usted a su casa, Smith, se lo suplico.

—¿Qué me vaya? ¿Y eso, Cookie? ¿Y el derecho de la hospitalidad? No sea así, venga acá y siéntese...

—No, no—protesta Cookie de nuevo—, por favor, váyase. Váyase.

—¿Tan de repente? ¿Hice algo que no debiera?

—No; le repito que se vaya, y no me haga más preguntas, estoy muy cansada.

—Si está cansada descanse aquí.

—No pienso descansar, quiero acostarme y usted debe irse, y tome, no quiero nada suyo, nada, nada, lléveselo todo.

Acompañando la acción a la palabra, Cookie toma todos los obsequios que le ha dado antes Smith y haciéndoselos tomar a viva fuerza le despide poniéndole en la puerta.

Smith siente en extremo la reacción de Cookie. Mientras le lavaba la cabeza se ha dado cuenta de que la joven está interesada por él y quisiera aprovechar el momento, pero no hay medio de convencerla.

—Bonita manera de tratar a quien viene a verla lleno de buenas intenciones. Bien, me marcharé, pero es-

pero que nos veremos pronto a la hora del trabajo.

—No, no nos veremos nunca jamás. No quiero volver a verle así pierda cien empleos.

Y dándole con la puerta en el rostro, Cockie despide a Smith, el hombre que estuvo a punto de hacerle flaquear sus deseos de alcanzar un millonario.

TE QUIERO AUNQUE SEAS POBRE

AL cerrar la puerta, Cookie, tras de hacer el esfuerzo tan violento que ha hecho, estalla en amarguísimo llanto. Se sienta en una butaca y comprende que está en realidad enamorada de Smith. Aunque ello es una locura que altera sus planes, está enamorada en realidad. Le quiere, y si sigue trabajando con él acabará por casarse. Y esto es lo que Cookie no puede aceptar. Llevar los dos una vida humilde teniendo que guisar en la casa, vivir modestísimamente, viendo a través de sus anuncios ese gran mundo que ella soñó, y resignándose a una existencia que acabaría por hacerles odiosa la vida, y llegarían aborrecerse. Pero Smith es distinto para ella a todos los hombres que hasta en-

tonces había conocido. Es fuerte y, al mismo tiempo, es para ella tierno como un niño, es noble, es bueno y la quiere en realidad. Además, la dulzura del momento que acaban de vivir los dos juntos en el cuarto de baño. Ella ha estrujado su cabello rubio y sedoso entre sus manos; y ha sentido la tentación de besarle apasionadamente. Jamás volverá a verle si no está a tiempo de dominar su amor, por lo menos logrará fingir bien si él no está delante de ella. Renunciará a su empleo, hará lo que sea preciso, pero Smith y Cookie no volverán a retratarse juntos, no volverán jamás a simular una pasión que ha ido convirtiéndose en realidad.

Por su parte, Smith sale de la casa completamente desconcertado y dis-

gustadísimo. Se da cuenta de que habiendo querido llegar al corazón de Cookie no ha hecho otra cosa que exasperarla. En realidad, Cookie está rehacia a aceptarle por marido siendo pobre, pero él no querrá en modo alguno que si un día Cookie va con él al altar, sea a base de saberlo rico, entonces él perdería esa loca ilusión que le anima respecto a la adorable modelo.

Al llegar a la calle se da cuenta de la ridícula facha que presenta, con la corbata y el cuello colgando de su brazo derecho, junto a los envoltorios de los regalos, y con el sombrero puesto de cualquier manera, los transeúntes, a pesar de su indiferencia, le miran con asombro. Su criado Philbean, que ha seguido a Smith, le llama desde el coche que ha transportado frente a la casa de Cookie, seguro de encontrarle allí. Philbean, de buen humor, objeta:

—No esperaba ver tan temprano al señor.

—Ni yo creí salir tan pronto... pero sucedió algo raro.

—¿Qué le ha ocurrido?

Al entrar en el coche, Smith va pensando en voz alta contrariadísimo mientras se pone el cuello y la corbata.

—¡Todo iba tan bien! Ella me remojó la cabeza en el lavabo...

—Me lavo la cabeza con champú.

—Perdone el señor, pero será que lo llevaba usted sucio.

—Philbean, eres un mamarracho.

—Así es, señor — responde el criado maquinalmente por la fuerza de la costumbre.

El coche va cruzando por la amplia avenida neoyorkina trepidante de luz y de movimiento.

—Philbean, tú que eres más viejo que yo, ¿no crees que Cookie podría estar enamorada de mí?

—Estoy convencido de que la señorita Cookie no puede ver a usted ni en fotografía.

—¿Qué poco conoces a las mujeres, Philbean; a veces, cuando más duras se muestran, es que están más profundamente enamoradas.

—En mis tiempos no se hacía así, señor...

—Será eso: una nueva costumbre yanqui...

—No sé, Philbean, pero esa muchacha me hace pensar mucho, esa criatura es tan interesante... ¿Por qué me habrá arrojado de su casa? ¿Será porque me odia? ¿O porque me quiere?

Entretanto, Gwendolinn no ha perdido el tiempo, sino que ha salido en busca del barón Tonini convencida de que hay que casar a Cookie cuanto antes. Smith le inspira un miedo atroz. Desde que ha visto a

su hermana tocada con el paño del polvo y vistiendo el delantal de la cocina está preparada para cualquier sorpresa, por eso ha creído oportunísimo ir en busca de Torini, y lograr así los esponsales esta misma noche.

A Torini no ha sido difícil encontrarle, por eso cuando aun tenía Cookie lágrimas en las mejillas tras la salida de Smith, han entrado en la casa Gwendolina y Torini. El barón vuelve otra vez empujando su magnífico estuche de terciopelo rojo en el que, según piensan los dos jóvenes, se encuentra otro nuevo huevo de gaviota de la Patagonia.

Gwendolina no cesa de recomendarle a Torini todo lo que debe hacer para subyugar a Cookie:

—No deje de mostrarse galante, y no le ofrezca huevos de gaviota, que se le indigestan.

—No se preocupe, signora, jamás volveré a mentarlos.

—Ni mencione volátiles de ninguna especie.

—Esté tranquila.

Cookie, al oírles entrar, ha levantado la cabeza apresurándose a secar sus lágrimas. Gwendolina, al verla sola sin Smith, comprende que algo habrá sucedido y la satisface en extremo convencerse de que Cookie ya ha tomado la resolución necesaria. Torini, en cuanto divisa a

Cookie, corre a su lado besándole ceremoniosamente la mano.

La hermosísima modelo se da cuenta entonces de la diferencia que hay entre los dos hombres. Torini, amanerado y vulgar, posee las riquezas que Ricardo Smith no tiene y tan agradable, tan atractivo, tan bueno, con el que llevaría una existencia tan deliciosa si fuera rico como ese hombre que besa sus manos en estos momentos. Gwendolina murmura a Cookie un aparte en el momento que Torini deja su sombrero y su abrigo.

—Esto marcha sobre ruedas. Se muere por decirte algo...

Torini, que ya lleva la declaración preparada, se aproxima a Cookie, y empujando el célebre estuche, se dispone a entregárselo mientras le declara con énfasis:

—Mi buena fortuna me conduce a esta morada. Vengo a brindarle una sorpresa.

Cookie, que no tiene el humor para las estrafalarias sorpresas del barón, exclama oportunísima:

—Si es un huevo déjelo para el desayuno.

Pero Gwendolina, que está vigilando la conversación, ayuda al tímido barón:

—¿Por qué no le habla de ese viaje de novios al Niágara?

—Sí, ya le hablaré, pero antes

quiero mostrarle lo que guarda este estuche, es un canario auténtico, algo que emocionará a la signorina.

Gwendolina, indignadísima, toma el estuche y lo arroja al suelo protestando:

—Usted me prometió deslumbrarla. Y esto no es el trato.

De pronto, el estuche se abre, y un hermosísimo brillante que despidió bajo la luz de la lámpara los más irisados colores deja sin voz a las dos hermanas. Gwendolina es la primera en reaccionar y agachándose recoge el estuche gritando asombradísima:

—¡Socorro! Eso es un brillante...

—Sí, ya se lo decía yo, un brillante canario...

—¡Oh! Pero si es una joya.

Cookie, impasible, no demuestra el mayor interés. Dos meses antes la sola idea de casarse con un millonario que le ofreciera un brillante de este tamaño como anillo de prometida la hubiera vuelto loca de gozo. Hoy se da cuenta de que tiene cuanto desea y no siente la menor alegría, al contrario, está pronta a llorar y si no fuera por su hermana arrojaría a Torini de su lado porque la está fastidiando con su presencia.

Torini vuelve de nuevo a repetir la postura de su declaración amorosa:

—Mi corazón aporrea mi apasionado pecho. ¿Sabe usted lo que dice, signorina, mi corazón?

—No, no sé...

—Dice que es la hora de construir nuestro nido. Que llegó el momento de emprender el vuelo juntos...

Gwendolina acaba de ayudarle, diciendo la palabra que anhela escuchar del barón, aunque ella no sea propiamente la interesada:

—Digo que quiere casarse, ¿no lo comprendes?

Cookie está turbada y nerviosísima. Cada vez siente menos deseos de comprometerse, cada vez anhela con mayor interés la soledad o la presencia de Smith, que quizá en aquellos momentos está enojadísimo y no querrá volver a verla jamás. Para evitar una respuesta categórica le dice a Torini:

—No sé qué decir... Esto ha sido tan repentino...

Pero Gwendolina, que se ha propuesto prometerles en matrimonio esta noche, responde por ella:

—Dice que sí...

En la calle, Smith pasea nerviosamente ante la puerta de la casa de Cookie. Desde el coche la visto entrar al barón y a su hermana y supone la escena que se está desarrollando en el interior. En vano Philbean intenta volverle a la rea-

lidad, pero Smith no atiende a razones.

—Quisiera saber qué ocurre ahí dentro...

—Pero, señor, ¿quiere usted volver a meterse de nuevo en la boca del lobo?

—Quiero saber qué pasa.

Cuando pretende entrar en la casa encuentra a Mahon, que desde hace rato deambula por los alrededores para ver de pescar sota a Gwendolina y sacarle nuevamente dinero con que remediar su complicada situación desde hace unos días.

Mahon detiene a Smith, y a cambio de veinte dólares habla informándole:

—¿Va a ver a Cookie?

—Sí.

—Pues no pierda usted el tiempo. Está con un tío de dinero. Escu-

ché tras de la puerta y he oído que le ha dado un anillo de compromiso y van a casarse...

Aunque la revelación es muy fuerte para el enamorado, Smith no se muestra totalmente sorprendido. Philbean intenta alejarle de la casa, pero Smith se opone a ello razonando:

—Ya me previno que pensaba casarse por dinero... pero esto no es justo. A quien ella quiere es a mí.

—¿No se hará ilusiones el señor?

—No, a quien ella quiere es a mí, me lo dice el corazón, y aunque ella a mí no me quisiera yo lo que sí puedo decirle es que la quiero a ella, la quiero con locura, y anhelo oírla diciéndome: «Te quiero aunque seas pobre», y me lo dirá, estoy seguro que me lo dirá. Voy a demostrártelo, Philbean.

UNA CUESTION DE VIDA O MUERTE

PHILBEAN no se da por muy convencido, pero acostumbrado a obedecer a Smith no se le ocurre otra reflexión tras las palabras de su dueño, que decirle:

—¿Quiere el señor que vaya a encargar un equipo nupcial?

Smith, sin responderle, se dispone a llevar a cabo su plan, que ha de ser la consecución de su dicha junto a Cookie.

—Philbean, voy a probarte que me quiere. Ven conmigo.

Y tomando a su criado de la mano, a pesar del enorme tráfico que en aquellos momentos cruza por la calle concurridísima, entran en un bar de la acera de enfrente y colocando a Philbean ante un aparato

telefónico le dice con tono imperioso:

—Philbean, haga lo que yo le diga. Llame a Cookie.

Philbean, atribulado por las órdenes de Smith, no acierta a hacer nada a derechas.

—Aprésurese. Llame a Cookie, dígame que he intentado suicidarme y que estoy agonizando en el hotel Vanderveer.

—Pero eso no es cierto...

—Claro que no, hombre. Después que se lo haya usted dicho, si sale disparada por esta puerta, es prueba de que me quiere. Si no se mueve, que se case con el barón porque habrá podido más en ella la seguridad de la fortuna que sus sentimientos hacia mí. Voy a realizar la prueba.

ba definitiva. Haga lo que yo le ordeno.

Philbean marca el número de la casa de Cookie y a los pocos segundos de escucharse el timbre, la voz dulcisima y agradable de la joven suena al otro lado del aparato telefónico:

—Diga...

—Señorita Cookie, soy Philbean, de la Agencia. El señor Smith está agonizando. Se ha pegado un tiro, está en el hotel Vandever.

—¿Eh? ¿Qué dice usted...?

—Que está agonizando en el hotel Vandever.

Una exclamación de Cookie, y el ruido seco de colgar el aparato es la única respuesta que recibe Philbean.

Smith sale rápidamente del bar y ocultándose en el ángulo de la puerta espera unos minutos que son para él largos como siglos a que salga de la casa la preciosa modelo.

Con ansia infinita mira Smith el portal de la casa de Cookie y a los pocos momentos aparece ésta corriendo alocada. Al escuchar la voz de Philbean anunciándole la terrible nueva no ha querido atender a reconvenciones de su hermana ni a las protestas de su prometido; echándose sobre su bata casera un abrigo se ha lanzado a la calle loca de desesperación. Su corazón le dice

que si Smith se pegó un tiro fué debido a su actitud egoísta, el joven la quiere y ella le correspondió arrojándole de su casa sin darle explicaciones. Nada le importa en aquellos momentos que Smith sea rico o pobre, le da igual, sólo sabe que está agonizando sobre un lecho del hotel Vandever y ella corre a su lado para arrebatárselo a la muerte.

Cookie detiene un taxi, dándole rápidamente la dirección del hotel Vandever, diciéndole al chófer:

—Corra usted, por Dios, se lo ruego, es cuestión de vida o muerte.

Smith, al verla, está loco de alegría y abrazando a su criado exclama felicísimo:

—¡Me quiere! ¡Corre en mi busca! ¡Me cree agonizante! ¡Me quiere, Philbean, soy un hombre feliz! ¡Me quiere, qué alegría, qué felicidad...!

Pero Philbean, que en estos momentos no está arrebatado por la dicha como su dueño, reflexiona muy cuerdamente el terrible error que ha suscitado Smith y le vuelve a la realidad recordándole:

—¿Y qué pensará la señorita Cookie cuando vea que no está en el Vandever ni que intentó suicidarse? Smith entonces se da cuenta. Cuando Cookie comprenda que se ha burlado de ella será cuando se

enojará y la perderá: entonces para siempre, Cookie se creará víctima de una burla; para remediar este nuevo embrollo no hay más solución que correr al Vandever antes de que llegue a dicho hotel la propia Cookie.

Subiendo Smith a su coche seguido de su criado le ordena al chófer:

—Corre al Vandever a toda marcha. No hagas caso alguno de los discos del tráfico.

El chófer de Ricardo Stuyvessant Smith, acostumbrado a las extravagancias de su dueño se lanza a toda velocidad a través de las calles de Nueva York, sin hacer caso de la tempestad de protestas que levanta entre los transeúntes. Al fin logran nivelarse al taxi que lleva a Cookie. La joven, nerviosísima, no cesa de recomendarle velocidad al conductor, pero éste, que no está dispuesto a estrellarse, no atiende sus instrucciones y así el coche de Ricardo pasa el de Cookie llegando unos tres minutos antes que el de ella ante el hotel Vandever.

Saltando ágilmente del coche, Smith, siempre arrastrando de la mano a su criado le ordena:

—Espérela en el vestíbulo y tráigala aquí cuando llegue.

En la dirección del hotel no pueden atender en manera alguna las

instrucciones de un joven loco que, seguido de su criado, intenta por todos los medios conseguir una habitación en el hotel.

—Le suplico que me dé una habitación, sea del piso que sea.

—Lo sentimos mucho, señor, todos los cuartos están ocupados.

—Le doy 100, 200, 300 dólares, por una habitación, aunque sea en el último piso.

—Es inútil, señor, no hay cuartos.

Haciendo caso omiso de las palabras de la dirección del hotel, Ricardo irrumpe escalera arriba, recordándole el número del cuarto que piensa ocupar a su criado:

—Recuérdelo bien, Philbean, estaré en el 216.

Al pasar ante él un criado del hotel con una bandeja llena de provisiones, arrebató Ricardo la botella de salsa de tomate y se oculta en la habitación 216 del primer piso. Efectivamente, aquella habitación está ocupada por un matrimonio que al verla entrar quedan desagradablemente sorprendidos; la señora, al ver un individuo con el rostro manchado por la salsa de tomate que da toda la apariencia de una herida ensangrentada, lanza un grito penetrante y cae en brazos de su marido.

Ricardo, viendo que el 216 está

ocupado, corre a otra habitación, entrando en ella al azar y metiéndose en la cama.

Coincidiendo con los apuros del joven llega Cookie al hotel. En el vestíbulo la espera Philbean, que al verla le dice:

—Está peor... es cuestión de instantes... Corramos, señorita... Está agonizando...

Cookie sigue al criado, entrando en la habitación 216, igual que hizo antes Ricardo, la esposa, privada de conocimiento, acaba de volver en sí, pero al ver irrumpir en su habitación a dos personas más a toda prisa cae de nuevo desmayada, mientras el marido se dispone a llamar a la gerencia del hotel para dar cuenta de las absurdas correrías que están teniendo lugar en el hotel Vanderveer.

Al entrar, al fin, Cookie y Philbean en el cuarto donde se encuentra Ricardo, la joven se abalanza sobre su lecho al verle. La sangre corre desde la sien a su rostro, y el propio Philbean cree que su dueño se ha pegado un tiro de veras y lanza una exclamación desesperado:

—Señor, por favor, ¿qué le ocurre, qué le pasa? ¿Es que se ha disparado usted un tiro en realidad?...

Cookie no presta atención a las indiscretas palabras de Philbean que la pondrían inmediatamente sobre

la pista, así como a los desesperados gemidos de Smith, que al ver salir a Philbean con intención de ir a buscar al doctor le detiene rogándole:

—No vayas a buscar al doctor... casémonos antes que sea tarde.

Cookie, al verle en aquel estado, le pide suplicante a Philbean que vaya a buscar al juez de paz, que les unirá en matrimonio.

En aquel instante supremo es cuando se da cuenta de que quiso siempre a Ricardo; que cometió con él la mayor de las injusticias, y que está dispuesta a unirse a él para siempre, sea pobre o sea rico. Por otra parte, Smith representa a las mil maravillas su papel. La salsa de tomate, desparramándose de las sienes a la barbilla, da la auténtica sensación de la sangre fresca, y Cookie está demasiado atribulada para darse cuenta del engaño. Las palabras de Cookie salen de sus labios atropelladamente.

—¡Oh! Sí, Philbean, vaya usted a buscar al juez, tenemos que casarnos, no me perdonaría jamás el verle en este estado y no casarme con él. Le quiero. Te quiero, Ricardo, amor mío, mi vida, no me dejes, por favor, te lo ruego, Ricardo, amor mío...

Philbean corre hacia la dirección del hotel para pedir un juez que pueda celebrar el matrimonio. Al

pasar ante una habitación encuentran a una pareja que, rodeados de sus familiares, se están casando. Sin detenerse un solo momento toma al juez y se lo lleva arrastrando materialmente a la habitación donde simula agonizar Ricardo Stuyvessant Smith, mientras le repite:

—Es cuestión de vida o muerte, apresúrese.

En la habitación, solos los dos enamorados, Ricardo intenta arrancar de su amada la palabra ansiada que ha soñado tantas veces.

—¿No te importa que yo sea pobre?

—No, amor mío, no me importa. Lo único que deseo es casarme contigo y que te salves. No quiero abrigos de pieles, no quiero joyas, lo quiero a ti, lo quise siempre, intenté arrancarme tu amor de mi corazón, pero te quiero. Perdóname, Ricardo...

La deliciosa palabra de Cookie es cortada por Philbean, que entra en aquellos momentos seguido del juez y de dos criados del hotel que han de servir como testigos de boda.

Efectivamente, el juez de paz, impelido por la violencia de Philbean, se dispone a realizar el matrimonio, ya que cree de buena fe a Smith en la agonía.

Cuando acaban de casarse entran en la habitación el gerente del hotel

seguido de tres policías y del marido desgraciado a quien las persecuciones y correrías de Ricardo alarmaron tanto a su esposa.

—Pero ¿qué es esto, qué sucede, qué pasa?

El marido indignado es el que protesta con mayor encono.

—Un loco ensangrentado que se ha metido en mi cuarto y ha dado un susto atroz a mi mujer. Creo que es éste.

Cookie, sin hacer caso a nadie, se abalanza sobre Ricardo y una vez lo declara el juez marido y mujer le besa apasionadamente; al besarle la herida, siente un saborcillo fresco a tomate que acaricia su paladar. Entonces Cookie comprende el engaño de que ha sido víctima, y mirando a Ricardo le dice de mal talante:

—¡Tomate! Me has engañado... me has engañado, es posible Ricardo...

Los policías se acercan al lecho y el gerente del hotel descubre el engaño, inclinándose respetuosamente ante Ricardo cuando le ve el rostro:

—Perdone, señor, perdone que hayamos interrumpido la solemne ceremonia de su matrimonio.

Y dirigiéndose a los presentes, así como a la atónita Cookie, les aclara:

—Es Ricardo Stuyvessant Smith, el dueño de este hotel. Perdonen, señores, les haya molestado. Fue una broma.

Cookie no salió de su asombro. Cree que sueña y que despertará de un momento a otro, pero los brazos de Ricardo abrazándola apasionadamente la vuelven a la realidad:

—Sí, querida, soy el dueño de este hotel, tendrás pieles aunque no te importen, tendrás joyas, tendrás lo que quieras, y, puesto que me amas, por mi mismo, tendrás mi amor. Te adoro.

Los curiosos han ido retirándose mientras Cookie besa apasionadamente dichosa y enamorada a su marido. Philbean, al cerrar la puerta de la habitación, murmura tranquilo:

—¿Pero tú eres rico, tú eres el dueño de todo esto?—exclama Cookie asombradísima y todavía incrédula.

—Sí, querida, perdona este an-

gelo último, pero aspiraba a que la mujer que se casara conmigo lo hiciera por mi mismo.

—¿Me perdonas tú a mí, Ricardo? me perdonas cuanto te hice sufrir?

Los brazos del enamorado Ricardo Stuyvessant Smith se ciñen alrededor del tallo de la que ahora es su esposa, exclamando:

—Te quise siempre con locura, mi querida Cookie, ¿cómo no voy a perdonarte si soy el hombre más feliz del mundo?...

—Esta vez no hay cheque...

Y así fue cómo Frances Cook, la modelo más hermosa de Nueva York, conocida por Cookie, se casó con el millonario Ricardo Stuyvessant Smith, feliz y enamorada, encontrando al fin al hombre que tanto había anhelado, pero por el camino del amor, por el camino recto del corazón y de la sinceridad de los sentimientos, que son los que triunfan siempre.

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Siganos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agencia de amor	Care Raymond
Vacita de Antonio Lupón	Warren William
Fuente de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fiermanca	Cino Cini
El mundo a sus pies	Lily Pons
Seputada en vida	A. Nazzari
Una pareja invisible	C. Bennett
La mujer sin alma	C. Grant
El dominio verde	John Boles
Damas del teatro	Danielle Darrieux
Detective y compañeros	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Defensores del crimen	Fred Astaire
Avventura Pompadour	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Nagi
Melodía roja	Boris Karloff
Titanes del mar	Willy Singel
Cupido sin memoria	Victor McLaglen
Maria Ilona	Ann Sothern
Fuente Jamaica	Paula Wessely
El caso Vane	Charles Langhorne
Quince de Hollywood	Clive Brook
Los tres vagabundos	Jean Fontaine
	Heinz Ruhman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Lizaro
La reina mora	Maria Arias
Rincón de madrilme	P. G. Valázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Alas	I. Argentina
Esos tres hermanos	Luisa Cargallo
Bohémios	Emilia Aliaga
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripendio	C. Gerdel
En busca de una canción	Valeriano León
Las chicas de la noche	Luchy Soto
Levanta rosa	Miguel Lizaro
Martingala	Juan de Ordúa
Ráptenos usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Celia Gómez
Tierras y cielo	R. de Sentmenat
El Alpi	Maruchi Fresno
	Inés de Val

¿Quién me compo un león	Marija Tomás
Alas de paz	Luis de Val

SERIE ALFA 250 Ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Carmen, la de Triana	I. Argentina
El señor Jacaró	L. Cargallo
La Dolores	Rosita Díaz
La Millana	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Lizaro
Gloria del Montcayo (Luz de Aragón	M. de Cines
El octavo mandamiento	Lina Yagor
Rumbo al Cairo	Miguel Lizaro
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Borge
Molinos de viento	Pedro Tarril
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones para Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Grete Garbo
La alegría de la huerta	Robert Taylor
Mortal angustia	Florentina
Una chica insuperable	Ann Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux
Alarma en el espacio	Edmund Lowe
Crimen de medianoche	M. Redgrave
El barbero de Sevilla	Raúl Pareda
Los dos pilotes	Miguel Lizaro
Pygmalion	Jacques Tarril
Sol de Valencia	Leslie Howard
Maria Estuardo	Marija Tomás
	K. Hepburn

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón	Miguel Lizaro
La Perle	Marija Tomás
La Fenera	Juan Mendi
Verbena	Marija Tomás
Reza de África	Rafael Modina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del desierto	Leslie Howard

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Lizaro
Estrellita Castro	Melvin Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

CANCIONERO

CANCIONERO - corrientes

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tango)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Ala)
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
SIRO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN» (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «THUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

THUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'30 pta.

PEPE PINTO
ADOLFO ARAGO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ

EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

Pedidos a

Editorial ALAS

Avardado 707

BARCELONA

¿Qué le dijo?...

EL EXITO DEL DIA

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

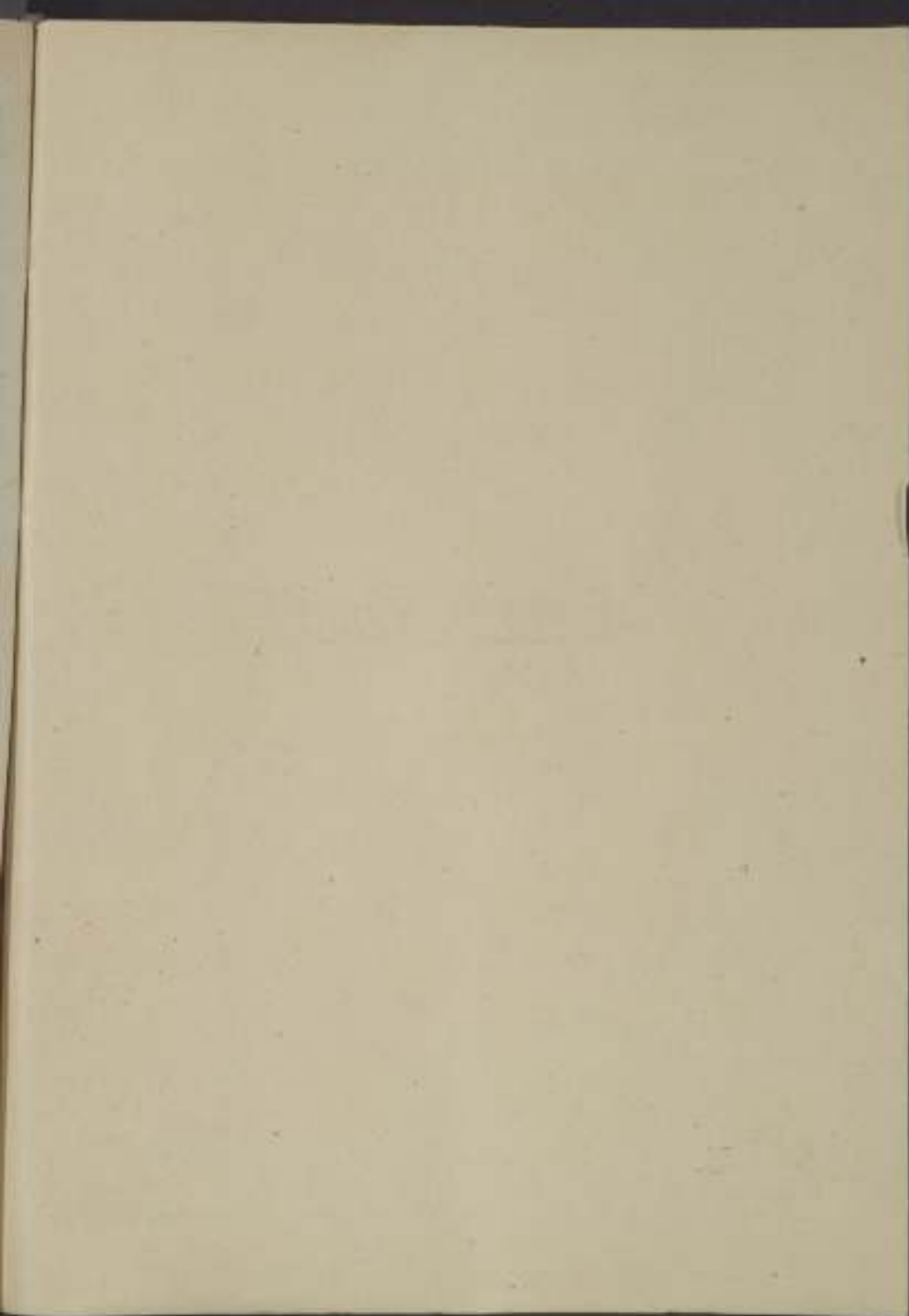
HERMANOS CAPE

Núm. 1.—"Voy sangrando lentamente"

- 2.—El elefante y la pulga
- 3.—Dedicado a los populares clowns
musicales HERMANOS CAPE
- 4.—¿Qué le dijo el cliente al sastre?
- 5.—¿Qué le dijo el niño al barquillero?
- 6.—¡Pum! Mañana, luna nueva.

Precio
1'50 ptas.

PEDIDOS A
EDITORIAL "ALAS"
APARTADO 707 - BARCELONA





2.⁵⁰ Ptas.



IMPRESA Y DISTRIBUIDORA
S.A. S. R. L. S. R. L.